

Dos décadas de elecciones en Guatemala: en las fronteras de la democratización*

Willibald Sonnleitner

¿Una democracia *sin políticos*?

“En este sufrido país, los militares se transformaron en empresarios; los empresarios se convirtieron en políticos; ¿y los políticos?... pues quizás ellos se jubilaron... o se murieron... en todo caso, desaparecieron.”

COMO LO ILUSTRAN este comentario desilusionado de un ciudadano anónimo —y como lo revelan los procesos electorales desde 1985—, la democratización guatemalteca se encuentra enfrascada en una serie de paradojas y de dilemas. Indudablemente, la transición desde un régimen autoritario con elecciones “de fachada”, hacia un régimen más abierto y plural, con elecciones formalmente libres y competitivas, contribuyó a pacificar la política en un país en el que la violencia fue la herramienta predilecta para gobernar, a lo largo de 36 años de una sangrienta guerra interna. Mientras que, a principios de los ochenta, el Ejército y la guerrilla hablaban con las armas, hoy en día sus antiguos oficiales ocupan cargos públicos y escaños en el Congreso, donde se reúnen para negociar y para pactar acuerdos. En 2006, el llamado “Plan Visión de País” congregó así a los secretarios generales de diez partidos con representación legislativa —entre ellos los presidenciables de la Unidad Na-

* El autor agradece los comentarios y sugerencias de dos dictaminadore(a)s anónimo(a)s, que permitieron enriquecer y precisar varios argumentos desarrollados en esta contribución. Asimismo, se agradece la cooperación de Manuel Terrádez, coordinador del Programa de Asistencia Técnica Electoral de la Organización de los Estados Americanos (ATE-OEA), quien compartió con nosotros las conclusiones de un interesante análisis sobre la participación electoral (OEA, 2007), y nos facilitó los resultados de las elecciones de 2007, desagregados hasta el nivel de las Juntas Receptoras de Votos.

cional de la Esperanza (UNE) y del Partido Patriota (PP), Álvaro Colom y Otto Pérez Molina, respectivamente, pero también dos antagonistas de la guerra interna: el general Efraín Ríos Mont, del Frente Republicano Guatemalteco (FRG), y el *Comandante* Héctor Nuila, de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)—, en torno a la definición de una agenda única de políticas públicas, a ser impulsada “*desde la oposición o desde el partido oficial —si nos tocara gobernar—*”.¹

Pero más allá de la declaración de buenas intenciones, lo que une a los sectores económicos y gobernantes es el compromiso tácito de postergar la consolidación de un Estado con capacidad de recaudación fiscal, en un país donde el gasto corriente del gobierno central representa menos de 10% del PIB.² Este sorprendente grado de consenso —alcanzado entre los representantes de las diversas élites empresariales, militares y políticas—, contrasta con la atomización, con la anomia y con la apatía de una sociedad cada vez más segmentada e individualista, carente de identidades, actores y proyectos colectivos. Si bien esta situación suele ser vista como una consecuencia del proceso político, también pudiera ser una de sus causas. A falta de una participación activa y pujante de las mayorías, la democratización guatemalteca se caracteriza por un exacerbado personalismo y cortoplazismo de la clase política, por su verticalismo y por una insólita pulverización de los partidos. Desde la elección de un presidente civil en 1985, no menos de 73 formaciones políticas han participado en las seis contiendas sucesivas, sin hablar de los cientos de comités cívicos que han postulado candidatos independientes para las 332 alcaldías del país. Pero mientras que los partidos se desintegran incluso antes que desaparezca de las calles su propaganda electoral, también se registra una sorprendente continuidad entre los gobernantes. En el nivel municipal, algunos alcaldes han logrado reelegirse hasta cinco veces sucesivas, cambiando de partido como de camisa, a la manera de los 121 diputados

¹ El “Plan Visión de País” se basó “en la construcción de consensos” en torno a cuatro ejes temáticos (Seguridad Democrática y Justicia, Desarrollo Rural, Educación, Salud y Nutrición) y a dos ejes transversales (Interculturalidad y Macroeconomía, y Reforma Fiscal) para el desarrollo de políticas públicas. Fue elaborado entre abril y septiembre de 2006, y suscrito por los secretarios generales de los siguientes partidos políticos: Democracia Cristiana Guatemalteca (DCG), Frente Republicano Guatemalteco (FRG), Gran Alianza Nacional (GANAN), Movimiento Reformador (MR), Partido de Avanzada Nacional (PAN), Partido Unionista (PU), Partido Patriota (PP), Unidad Nacional de la Esperanza (UNE), Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) y Unión Democrática (UD).

² Entre 1999 y 2007, los ingresos tributarios de la administración central pasaron de 11.3% a 12.6% del PIB, mientras que el gasto total se redujo de 15.5% a 14.6%. Durante dicho periodo, los gastos de capital pasaron de 5.8% a 4.9%, mientras que el gasto corriente correspondió a 9.7% del PIB en ambos años (CEPAL, 2008a).

“tránsfugos” que migraron de formación en los periodos legislativos 2000-2003 y 2004-2007 (Fortín, 2008).

Este curioso desfase entre las continuidades locales y personalistas de la política electoral, y la falta de un sistema estable de partidos, revela un patente déficit de integración nacional. A pesar de ser el país más poblado de Centroamérica, Guatemala también es uno de los países más fragmentados de Latinoamérica. En 2007, contaba con una población de 12.7 millones de habitantes, distribuida sobre un territorio de 108 mil 889 km². Pero, si bien 22.6% de los Guatemaltecos reside actualmente en la extendida área metropolitana, tan sólo 38% de ellos vive en uno de los 87 municipios eminentemente urbanos, mientras que el resto reside en contextos mixtos o totalmente rurales. Con un PIB/cápita de \$1 574 USD (2003) y un índice de GINI de 0.543 (2002), Pérez y Mora (2007) estiman que 63% de la población vivía en la pobreza en 2004, mientras que 34% sobrevivía en condiciones de indigencia. Ello también se refleja en un Índice de Desarrollo Humano de 0.689 para 2005 (rango 118 de 177 países), con una esperanza de vida de 69 años, tasas de analfabetismo de hasta 31% y de mortandad infantil de 43/1 000, promedios de una marginación que se eleva aun más al concentrarse fuertemente en las zonas rurales e indígenas.³ Se trata, en suma, de uno de los países más rezagados, desiguales y fragmentados de toda la región.

Como lo veremos en esta revisión sintética de dos décadas de procesos electorales, una de las novedades más relevantes de los últimos comicios de 2007 reside en el hecho de que —por vez primera desde el inicio de la transición— el presidente haya sido electo gracias a los votos del campo, y a contracorriente de las preferencias de los capitalinos —cuya mayor participación solía ser determinante en el pasado—. No obstante, también siguen prevaleciendo muchas continuidades que han marcado la democratización desde 1985, entre ellas un importante abstencionismo, una exacerbada atomización de la oferta partidista y una impresionante volatilidad del voto ciudadano. Estas piezas o fragmentos, que a primera vista configuran un verdadero rompecabezas electoral, no están totalmente desarticuladas cuando se estudian desde el ámbito local, pero carecen actualmente de dinámicas estructuradas e integradas en el nivel nacional. ¿Para qué sirven, entonces, las elecciones en Guatemala? ¿Pueden éstas “funcionar” de una manera “democrática” ante la carencia de un Estado de derecho, con instituciones deficientes y desacredi-

³ Hoy en día, se considera que entre 40% y 55% de los Guatemaltecos pertenece a alguno de los 23 grupos étnico-lingüísticos que conforman, junto con los sectores mestizos (denominados genéricamente como “ladinos”), una sociedad marcadamente multicultural. De dichos grupos, 21 pertenecen a la familia lingüística mayense, uno a un grupo indígena no mayense (los xincas) y uno al grupo afro-caribeño de los garifunas (Taracena *et al.*, 2004; PNUD, 2005; Rull, 2005).

tadas, con un sistema de partidos “pulverizado” y con una ciudadanía pasiva, despolitizada y desmovilizada, desarticulada e incompleta?

I. Los comicios de 2007: ¿una revancha electoral del campo?

Las últimas elecciones generales que se celebraron en Guatemala, el 9 de septiembre (primera vuelta presidencial, comicios legislativos y municipales) y el 4 de noviembre (segunda vuelta presidencial) de 2007, constituyen una muestra reveladora de los contenidos y de las contradicciones del proceso de democratización desde 1985. En un contexto de acentuada fragmentación partidista, las campañas electorales se enfocaron primordialmente en la personalidad y en el “carácter” de los candidatos presidenciales, en detrimento de los programas y las propuestas de los partidos políticos.⁴

1. Campañas consensuales y altamente personalizadas

A pesar de desenvolverse en una de las sociedades más marginadas y desiguales de Latinoamérica, y a diferencia de Nicaragua, El Salvador o México, la política guatemalteca carece de polarización ideológica y se caracteriza por un curioso “consenso” que incluye la mayoría de las fuerzas partidistas (a excepción de una izquierda particularmente débil y fragmentada). De ahí la monotonía de la comunicación política de los presidenciables que monopolizaron, en 2007, las primeras planas de la prensa y el sonado foro de CNN (Cable News Network). Con matices, todos los candidatos retomaron las generosas propuestas del llamado “Plan Visión de País”, elaborado en 2006 con el aval del sector empresarial, y ratificado por todos los partidos entonces

⁴ Guatemala se divide en 22 departamentos (administrados respectivamente por un gobernador, nombrado directamente por el Presidente de la República) y en 332 municipios (gobernados por consejos municipales). Dichos consejos son electos cada cuatro años mediante un sistema de representación proporcional (fórmula D’Hont), mientras que el alcalde es electo por mayoría simple. Los 158 diputados que integran el Congreso se eligen simultáneamente, mediante el mismo sistema de representación proporcional, pero por dos modalidades distintas: 31 de ellos a través de una lista nacional; y los 127 restantes en las circunscripciones departamentales, cuyo número respectivo de escaños depende del peso demográfico de cada unidad territorial. Tanto los legisladores como los alcaldes tienen la facultad de ser re-electos, posibilidad que le está prohibida al presidente de la República, electo de manera directa por mayoría absoluta y en una sola circunscripción nacional. Si resulta necesario —tal y como ha ocurrido efectivamente en todos los comicios organizados desde 1985— se organiza una segunda vuelta (*ballotage*) entre los dos candidatos más votados.

representados. Pero si la clase política coincide en la necesidad de restablecer la seguridad ciudadana, de mejorar la calidad de la educación y la salud, de promover el desarrollo rural, la interculturalidad y la lucha contra el racismo, la mayoría de los presidenciables también se comprometió a renunciar a “incrementar la presión fiscal”, en un país en el que casi nadie paga impuestos sobre la renta y la propiedad.⁵

Sin cuestionar cómo se pretenden financiar las prometidas políticas públicas, cabe señalar que la tasa de homicidios supera hoy en la capital la que se registra en Colombia, y que con la privatización de la seguridad pública el Estado guatemalteco ha renunciado a ejercer hasta su más elemental prerrogativa. Por ello, preocupa pero no sorprende que la violencia también haya afectado el proceso electoral, costándole la vida a 51 de los 29 mil candidatos a cargos de elección popular (en particular de alcaldes y síndicos), postulados por las más diversas fuerzas políticas,⁶ por no hablar de la notoria influencia del crimen organizado (tráfico de narcóticos, vehículos robados, emigrantes indocumentados, etc.), mediante el financiamiento de campañas excesivamente largas y costosas.

Con todo, la oferta política fue tan diversa como en las elecciones pasadas, con la competición de 14 candidatos presidenciales y de 15 listas legislativas, así como más de 28 mil candidatos a cargos de los 332 ayunta-

⁵ Según estadísticas nacionales citadas por el PNUD (2005:340), en 2004, 15% de los ingresos tributarios del gobierno central provenían de impuestos directos sobre la renta, frente a 0% sobre inmuebles y patrimonio, y a 48% proveniente del Impuesto al Valor Agregado. Según datos más recientes de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2008b:357), en 2007 la carga total de ingresos tributarios representó 12.5% del PIB, y se compuso de la manera siguiente: 2.6% por concepto de “Impuesto sobre las rentas y ganancias de capital”, 0% por concepto de “Impuestos sobre la propiedad”, 0% por concepto de “Otros impuestos directos”, 6% por concepto de “Impuestos generales sobre bienes y servicios”, 1.3% por concepto de “Impuestos específicos sobre bienes y servicios”, 1.1% por concepto de “Impuestos sobre el comercio y las transacciones internacionales”, 0.4% por concepto de “Otros impuestos indirectos”, 1% por concepto de “Otros impuestos” y 0.2% por concepto de “Contribuciones a la seguridad social”.

⁶ Según cifras recabadas por el Observatorio Centroamericano sobre Violencia (OCAVI), las tasas de homicidios en Guatemala no han dejado de incrementarse a lo largo de los últimos años, pasando de 23.7 por 100 000 habitantes en 1999, a 45.2 en 2006 (http://www.ocavi.com/docs_files/file_388.pdf). Ello contrasta con la disminución notable de las mismas tasas en Colombia, que pasaron de hasta 100 homicidios por 100 000 habitantes en los noventa, a 34 en 2006. Pero sobre todo, cabe destacar que, mientras en Colombia dicha violencia afecta en menor medida a Bogotá (que registra 18 homicidios por 100 000 habitantes), en Guatemala el fenómeno se concentra fuertemente en la capital (donde alcanzó 108 homicidios por 100 000 habitantes en 2006, <http://www.prensalibre.com/pl/2007/diciembre/15/190592.html>). Para el caso específico de los homicidios de candidatos a cargos de elección popular, véase el monitoreo sistemático de la prensa realizado por el Mirador Electoral: “Violencia política. Detalle de 2006 a 2007 (del 2 de marzo de 2006 al 3 de noviembre de 2007)” (<http://www.miradorelectoral2007.org>).

mientos, registrados por algún comité cívico o por alguno de los 21 partidos legalmente inscritos (ASIES, 2007). Pero curiosamente, dicha diversidad no se reflejó en un debate político plural. Además de compartir un discurso sorprendentemente consensual, no todos los candidatos tuvieron acceso realmente al espacio público ya que, apoyándose en sus propias encuestas, los medios masivos de comunicación operaron una preselección *de facto* de los cinco candidatos “con posibilidades de ganar”.⁷ Quedaron, así, fuera de juego algunos presidenciables de considerable notoriedad, a los que hay que agregar cuatro aspirantes frustrados que, por razones políticas o legales, se tuvieron que retirar.⁸

Entre los “buenos” candidatos destacaron, por su apabullante visibilidad mediática, el “puntero” Álvaro Colom (UNE) y su principal *challenger*, el general retirado Otto Pérez Molina (PP), quien desarrolló una agresiva y costosa pre-campaña desde 2005, en violación abierta de la ley electoral. Tras haber participado en la contienda presidencial de 1999 y hasta en el *ballotage* de 2003, el ingeniero Colom gozaba de una fuerte notoriedad y de una sólida reputación a nivel nacional, inclusive en las zonas rurales gracias a sus gestiones como director del Fondo Nacional para la Paz (Fonapaz), desde donde administró importantes fondos de desarrollo social. Sin embargo, su candidatura también sufría de debilidades, entre ellas el carecer de elocuencia y carisma, las divisiones internas de su equipo y grupo parlamentario, así como acusaciones públicas de financiamiento ilícito y vínculos con el crimen organizado, lo que lo llevó a realizar una campaña más bien discreta, de corte defensivo. Como muestra de ello, su lema (“*Tu esperanza es mi compromi-*

⁷ La arbitrariedad de dicha selección se ilustra en los porcentajes de las mismas encuestas, ya que tan sólo Álvaro Colom contaba desde el principio con intenciones de votos superiores a 20%. En contraste, pese a la realización de una pre-campaña muy precoz, Otto Pérez Molina solamente rebasó 10% tras el inicio de la campaña oficial, prácticamente empatado en un primer tiempo por Alejandro Giammatei, mientras que Rigoberta Menchú y Eduardo Suger casi siempre se mantuvieron dentro del llamado “margen de error”, con porcentajes estadísticamente comparables al resto de los nueve candidatos que fueron marginados por los principales medios de comunicación (los noticieros televisivos, *Prensa Libre* y *El Periódico*).

⁸ El retiro inesperado de estos cuatro pre-candidatos modificó sustancialmente la correlación de fuerzas y la coyuntura electoral. En el caso del general Efraín Ríos Mont, su inscripción como cabeza de lista de los diputados del FRG se relacionó, probablemente, con el proceso que está llevando en su contra la Corte española por presuntas violaciones a los derechos humanos. En cuanto a Eduardo González, favorito de la gobernante GANA, éste estuvo implicado en la bancarrota de BANCAFE, uno de los principales bancos del país. Francisco Arredondo, del PAN, fue víctima de un golpe de estado interno de otro grupo de su partido, tras haber invertido millones de Quetzales en una vistosa pre-campaña electoral. Finalmente, el empresario millonario y pastor protestante, Harold Caballeros, logró obtener el registro de su partido (VIVA), pero fuera de los tiempos legales para registrarse como candidato presidencial.

so”) buscó aglutinar y sumar fuerzas, mediante la construcción de alianzas muy heterogéneas.

En franco contraste, el general Pérez (PP) hizo un llamado recurrente a “*Votar con carácter, y con mano dura*”, centrando su campaña casi exclusivamente en el tema de la seguridad. Para ello, recurrió incesantemente a sus credenciales militares como general retirado de brigada con estudios militares en Estados Unidos (Escuela de las Américas en 1987 y Washington en 1988), como Jefe de la Dirección de Inteligencia Militar (“G2”, 1991-1993), como Jefe del Estado Mayor Presidencial (Ramiro de León Carpio, 1993-1995), como enlace del Ejército en la comisión negociadora de los Acuerdos de Paz e inspector general del Ejército en 1996, como diputado y como comisionado presidencial de Seguridad del presidente Berger en 2004. Desde 2005, obtuvo un fuerte apoyo del Ejército y del sector empresarial, representado a través de su candidatura a la vicepresidencia, uno de los empresarios más conocidos del país. Pero si bien es cierto que su larga y pujante campaña proyectó una imagen de determinación, el énfasis excesivo en la seguridad como único eje programático, así como sus responsabilidades militares durante la época más represiva del conflicto interno (cuando fue conocido como el “Comandante Tito”), también empezaron a valerle duras críticas hacia el final de la campaña.

A los dos punteros se sumaron luego tres contendientes más, que le dieron un toque de pluralismo a la contienda electoral. Entre ellos, el más carismático fue, sin duda, el candidato “oficialista” de la Gran Alianza Nacional (GANAN), Alejandro Giammatei, cuyo lema de campaña (“*Seguridad Total*”) careció en cambio de originalidad. Funcionario respetado, éste lanzó su campaña tras haberse propulsado durante la toma espectacular y sangrienta de una prisión pública, que coordinó en su calidad de Director general de presidios. Sin embargo, su principal debilidad residió en el desgaste del gobierno saliente, debilitado y fragmentado por pugnas internas tras el retiro forzado del favorito inicial, implicado en la quiebra de uno de los bancos más grandes del país.

Por su parte, Rigoberta Menchú compitió por el recién fundado Encuentro por Guatemala (EG), en alianza con la asociación indígena Winaq; se presentó como “*la candidata de las mujeres y los indígenas*”. Sin embargo, si bien se benefició de una fuerte exposición mediática por ser la primera y única presidenciable indígena, la premio Nobel de la Paz (1992) no logró convertir su notoriedad internacional en capital político. A pesar de su pasada cercanía ideológica con la guerrilla, Menchú no contó con el apoyo de la URNG-MAIZ (que postuló a sus propios candidatos), se distanció retóricamente de ella y tampoco logró articular una propuesta de campaña propia. La selección de su compañero de fórmula para la vice-presidencia, quien provenía de la cúpula

empresarial, contribuyó a ubicarla en el centro del espectro ideológico, pero fue cuestionada por varios sectores de la izquierda.

Finalmente, el empresario y ex militar Eduardo Suger encarnó el papel del académico conservador, y fue postulado por el Centro de Acción Social (CASA). Apoyándose sobre su notoriedad como rector de una universidad privada, movilizó simpatías dentro del Ejército y de diversos sectores empresariales. No obstante, careció de una verdadera estructura partidaria y de recursos para impulsar una campaña eficaz fuera de la capital, buscando posicionarse probablemente para las elecciones siguientes, mediante declaraciones fuertes y mediáticas (“*cada quien en su lugar: las mujeres en la cocina, y los indígenas en el campo*”).

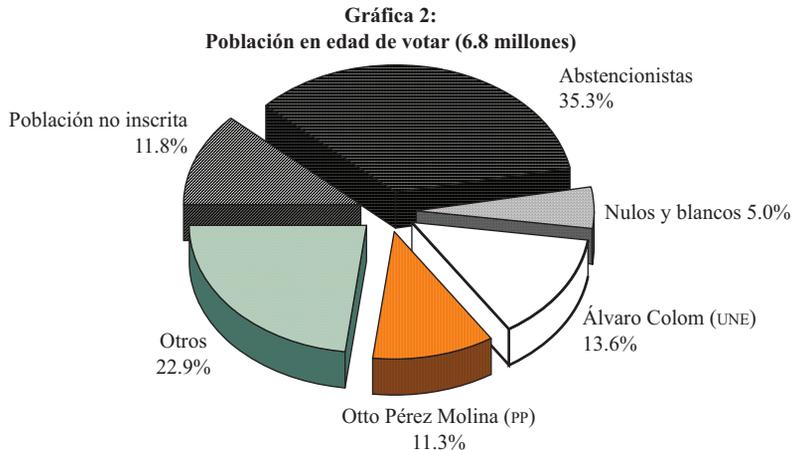
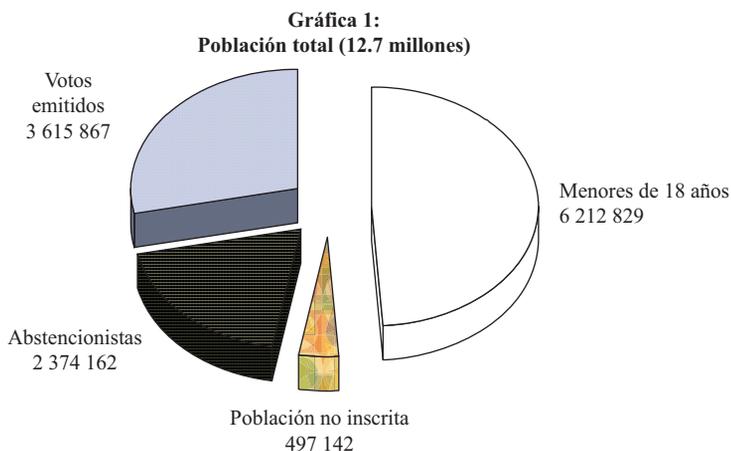
2. Los resultados de la primera vuelta (9 de septiembre de 2007)

En estas condiciones, los resultados de la primera vuelta presidencial y de los comicios legislativos y municipales que se celebraron simultáneamente el 9 de septiembre, trajeron más de una sorpresa. Para empezar, se registró una participación relativamente elevada con respecto al pasado. Gracias a la incipiente descentralización de los centros de votación, 3.6 millones de ciudadanos acudieron a las urnas, es decir, 60% de los 6 millones de empadronados. No obstante, solamente se trata de 53% de la población en edad de votar. Además, 342 mil ciudadanos votaron en blanco o lo hicieron de una manera que llevó a la anulación de sus boletas, lo que redujo a 3.3 millones el número de sufragios válidos, en un país de 12.7 millones de habitantes (Gráficas 1 y 2).

Los principales ganadores de la contienda—el ingeniero Colom (UNE) y el general Pérez Molina (PP)—, obtuvieron 926 mil (28.2%) y 771 mil (23.5%) votos respectivamente, por lo que pasaron a competir por la presidencia en la segunda vuelta del 4 de noviembre (Gráfica 3). Beneficiándose ambos de importantes efectos de notabilidad, movilizaron personalmente 204 mil y 267 mil votos (+5.4 y +7.6 puntos porcentuales) más que los candidatos a diputados de sus partidos, electos mediante listas proporcionales y mucho menos publicitados (Gráficas 4 y 5). Contrariamente a lo que hicieron creer las encuestas, Alejandro Giammatei (de la gobernante GANA) sumó 565 mil sufragios (17.2%) en las presidenciales; y en las legislativas, sus partidarios hasta rebasaron a los correligionarios de Pérez Molina, obteniendo 19 mil votos y 7 diputados más que el PP. Finalmente, Eduardo Suger también sorprendió por su resultado personal (7.5% de los sufragios válidos), registrando 2.6 puntos porcentuales más que los aspirantes a diputados de su partido, el CASA (Gráficas 3-5).

Gráficas 1 y 2

La participación electoral y sus matices (1era vuelta 2007)

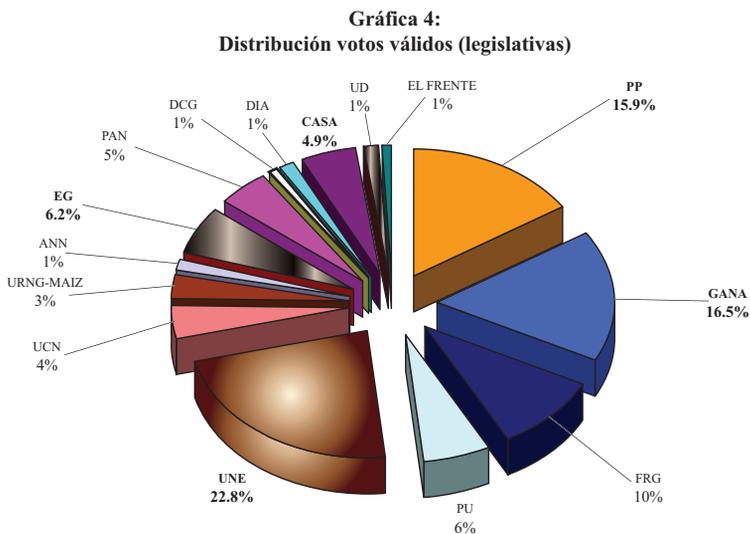
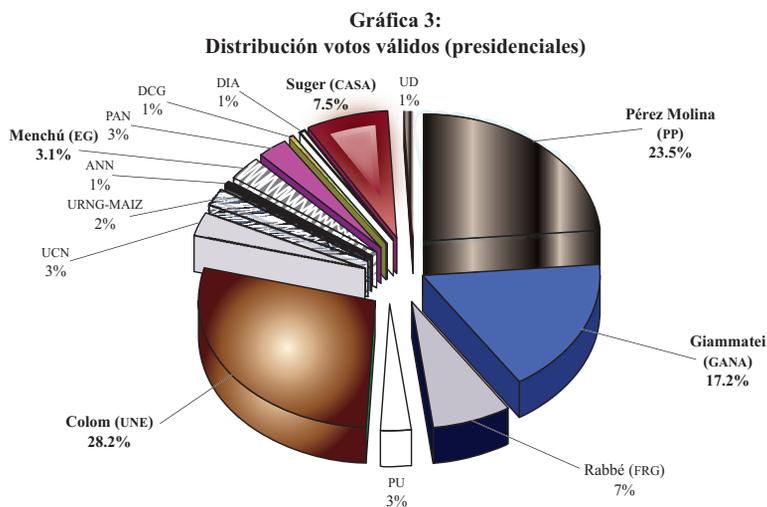


Fuentes: TSE (varios años), OEA (2007).

En contraste, los presidenciables de los otrora gobernantes FRG, Luis Rabbé (7.3%), y Partido de Avanzada Nacional (PAN), Rodolfo Castañeda (2.6%), captaron 2.5 y 2 puntos porcentuales menos que sus partidarios legislativos, siendo la diferencia máxima en el caso de Rigoberta Menchú

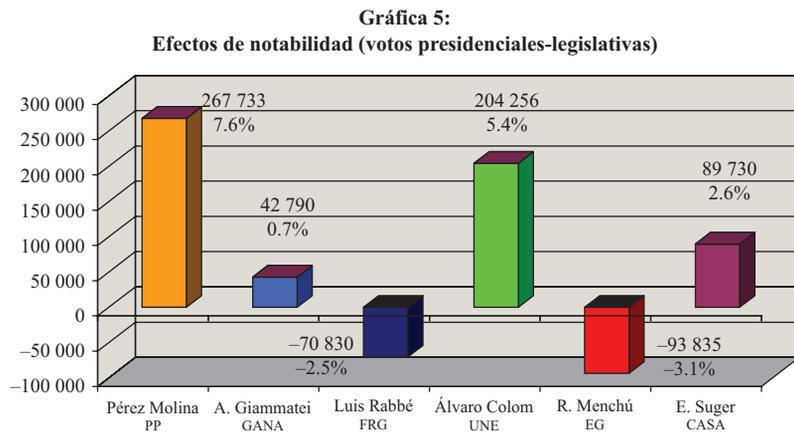
Gráficas 3-5

Distribución de votos válidos
(presidenciales y legislativas 2007)



Fuente: TSE (varios años) (gráficas elaboradas por el autor).

Gráficas 3-5. (Continuación)



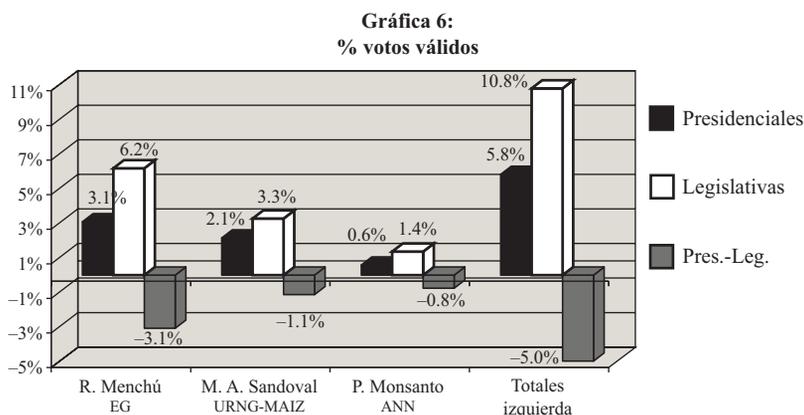
Fuente: TSE (varios años) (gráficas elaboradas por el autor).

(3.1%), que obtuvo solamente la mitad de los sufragios legislativos del recién fundado Encuentro por Guatemala (EG), en alianza con la asociación indígena Winaq (6.2%). Pero se trata de derrotas con consecuencias políticas muy distintas. La debacle presidencial del FRG es compensada en parte por su desempeño legislativo (9.8%), ya que su líder histórico, el ex dictador Efraín Ríos Mont, seguirá gozando de inmunidad parlamentaria al frente de un disciplinado grupo de 14 diputados. En cuanto al PAN, su tímido resultado legislativo (4.6%) sanciona el declive estructural del partido que gobernó Guatemala entre 1996 y 2000.

Para Menchú, el balance es desolador. Lejos de producir el efecto de arrastre esperado, su candidatura puso de manifiesto un curioso desfase entre la notoriedad internacional de la Premio Nobel de la Paz y su representatividad efectiva en el país. Su experiencia personal también revela y simboliza la fragmentación y crisis de los partidos que pretenden representar a la izquierda guatemalteca en la actualidad. Escindidos en tres corrientes enfrentadas (URNG-MAIZ, Alianza Nueva Nación y EG-Winaq), cuyos presidenciables a duras penas sumaron 5.8% del voto, estos mismos partidos recibieron 10.8% de los sufragios en las elecciones legislativas (Gráfica 6). De haber superado sus riñas personales, no solamente contarían con un grupo parlamentario probablemente más nutrido que el FRG (que solamente obtuvo 9.8% de los votos en las legislativas), sino que también hubieran podido impulsar la candidatura común de un presidenciable con un sustento partidista considerable.

Gráfica 6

¿Una derrota de la izquierda, o de sus dirigentes actuales?



Fuente: TSE (varios años) (gráficas elaboradas por el autor).

Finalmente, el elevado número de fuerzas políticas contendientes se tradujo en una fuerte fragmentación partidista en el Congreso que, sin garantizar necesariamente una representación idónea de la sociedad, plantea serios desafíos en términos de gobernabilidad. Volveremos sobre este punto en las conclusiones.

3. El ballotage presidencial: la revancha electoral del campo (4 de noviembre de 2007)

El domingo 4 de noviembre, la segunda vuelta presidencial se desarrolló en una calma perturbadora, bajo el signo de una triple paradoja: 1) en las calles desiertas de la capital —una de las urbes más agitadas, peligrosas y violentas de América Latina—, se respiró aire fresco y una insólita tranquilidad; 2) pese a los pronósticos de una contienda reñida e indeterminada, con alto riesgo de conflictividad, se registró una baja participación electoral; y, 3) a contracorriente de la polarización y agresividad retóricas de los candidatos, la actitud de los ciudadanos que sufragaron o atendieron las 13 mil 756 juntas receptoras de votos —incluyendo los “fiscales” de los partidos contendientes— se caracterizó por la moderación y por un espíritu ejemplar de cooperación.

Asimismo, a diferencia de la primera vuelta, los resultados empezaron a fluir sorprendentemente rápido, arrojando las primeras tendencias desde las 19:00 hr, con porcentajes contundentes y estables a partir de las 21:00 hr, hora de la conferencia de prensa del Tribunal Supremo Electoral (TSE) en la que se confirmó la victoria del candidato de la UNE. Como lo ilustra este desenlace, una de las mayores virtudes de la democracia representativa consiste en agregar preferencias minoritarias para transformarlas en mayoritarias, y otorgarles legitimidad. Se pasó, así, de una disputa entre 14 candidatos desconocidos y sin arraigo, a una contienda entre dos presidenciables con una fuerte notoriedad, a la elección de un presidente con un mandato popular y mayoritario. Con 1.45 millones de sufragios válidos (52.8%), el ingeniero Álvaro Colom triunfó sin ambages, con una ventaja de 5.6 puntos sobre su contrincante del Partido Patriota, el general Pérez Molina, quien obtuvo 1.29 millones (47.2%) de votos (Gráfica 7).

Sin embargo, cabe matizar la magnitud efectiva de esta victoria electoral, particularmente en términos de participación y representatividad. ¿Cómo, en un país de 12.7 millones de habitantes, la presidencia puede conquistarse con solamente 1.45 millones de votos? Recordemos nuevamente la persistente sub-inscripción de los guatemaltecos que, como se verá más adelante, se concentra fuertemente entre las mujeres y en los municipios con mayores tasas de marginación y de población indígena (Mapa 3, ver p. 531). De un total de aproximadamente 6.8 millones de habitantes en edad de votar, solamente 5.99 millones están efectivamente empadronados. De ellos, 2.9 millones acudieron a las urnas para depositar sus boletas, de las cuales 151 mil se recibieron en blanco o fueron anuladas, quedando solamente 2.7 millones de votos válidos (Gráfica 8).

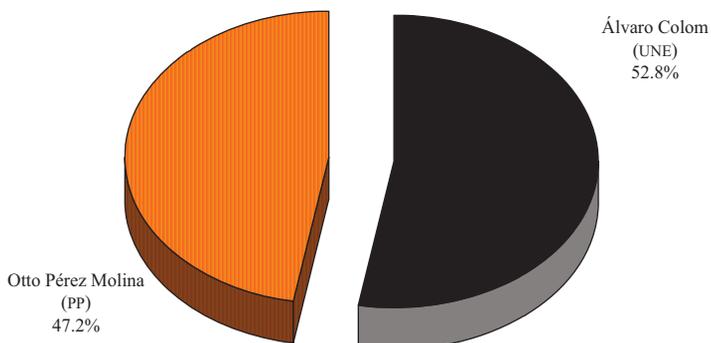
A su vez, las dinámicas de agregación revelan fuertes fenómenos de cruce y reporte de votos. Los candidatos de la UNE y del PP apenas obtienen 720 mil y 493 mil sufragios en los comicios legislativos del 9 de septiembre, beneficiándose empero de importantes efectos de notabilidad personal que les permiten captar 926 mil y 771 mil votos en la primera vuelta simultánea de las presidenciales. En la segunda vuelta, los sufragios válidos se reducen en 535 mil, mientras que cada candidato logra incrementar su caudal en casi 523 mil votos (Gráfica 9).

Curiosamente, Pérez Molina consigue más de los “500 mil sufragios adicionales” que se había propuesto tras la primera vuelta, pero es rebasado por la capacidad de movilización de Álvaro Colom en el campo, cuya participación sostenida es novedosa y decisiva. Desde 1985, las segundas vueltas presidenciales solían ganarse primordialmente en el departamento de Guatemala. Éste no solamente concentra 25% de los electores inscritos, sino que registra los

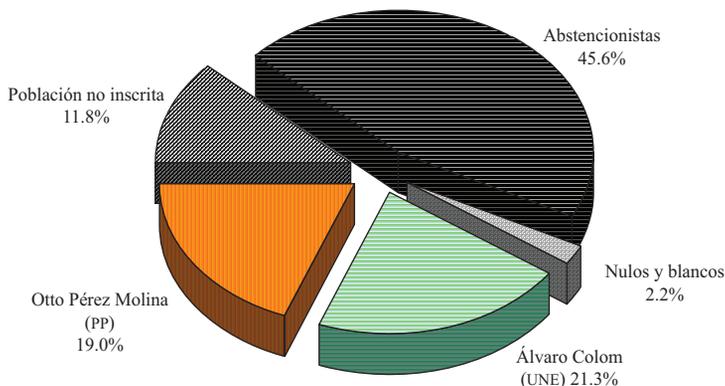
Gráficas 7 y 8

La participación y sus matices (2da. vuelta 2007)

Gráfica 7:
Distribución de votos válidos (2.7 millones)



Gráfica 8:
Población en edad de votar (6.8 millones)

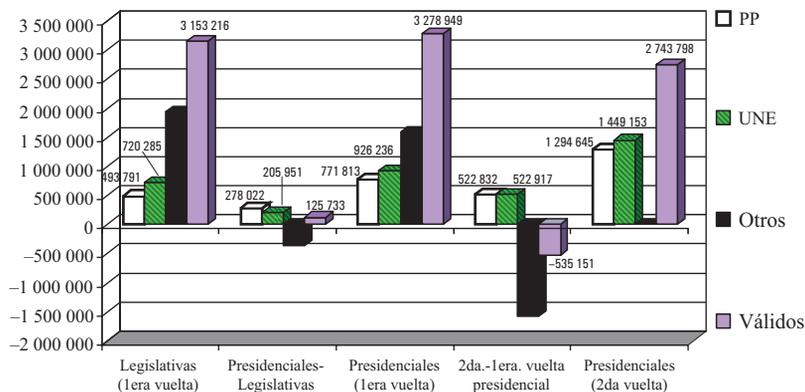


Fuente: TSE (varios años) (gráficas elaboradas por el autor).

índices más elevados de urbanización y desarrollo humano de todo el país. Tradicionalmente, la coincidencia de la primera vuelta presidencial con los comicios legislativos y municipales moviliza al conjunto de la clase política —con la consecuente movilización de recursos económicos, organizativos y humanos—. En contraste, la segunda vuelta se caracteriza por el retiro de la mayo-

Gráfica 9

Número de votos recibidos por el PP, la UNE y los otros partidos (legislativas, primera y segunda vuelta presidenciales de 2007)



ría de dichos actores, y por la disminución notable de la participación electoral. En 2007, no menos de 16 partidos y 29 821 candidatos participaron en las contiendas paralelas del 9 de septiembre, permaneciendo solamente en campaña los dos candidatos punteros para el *ballotage* presidencial del 4 de noviembre.

Sin romper totalmente con esta tendencia general, Álvaro Colom transformó sensiblemente el patrón territorial de la desmovilización ciudadana. Ciertamente, la participación electoral se redujo, como era de esperarse, en 12.3 puntos porcentuales con respecto a la primera vuelta. Con 48.3%, ésta fue similar a la que se registró en la segunda vuelta de 2003 (49.8%), superior a las de 1999 (40.4%), 1996 (36.9%) y 1991 (45.3%), e inferior a la de 1985 (65.4%). En otras palabras, menos de la mitad de los ciudadanos inscritos acudió a las urnas, representando aproximadamente 42.5% de la población en edad de votar (Gráfica 8).

Sin embargo, la gran novedad de estas elecciones consiste en la distribución territorial de la participación ciudadana. Hasta la fecha, el incremento del abstencionismo se concentraba claramente en las zonas rurales, otorgándole un peso decisivo al área metropolitana y a las cabeceras departamentales, que solían focalizar los esfuerzos de campaña de las segundas vueltas presidenciales. Esta vez, el diferencial de participación entre el campo y los principales centros urbanos se redujo visiblemente, y hasta se revirtió en algunos departamentos. Ello se explica, en parte, por el esfuerzo de descentralización realizado por

el Tribunal Supremo Electoral. Por vez primera, en 2007 se crearon 687 centros de votación rurales, que permitieron acercar las urnas a los ciudadanos.

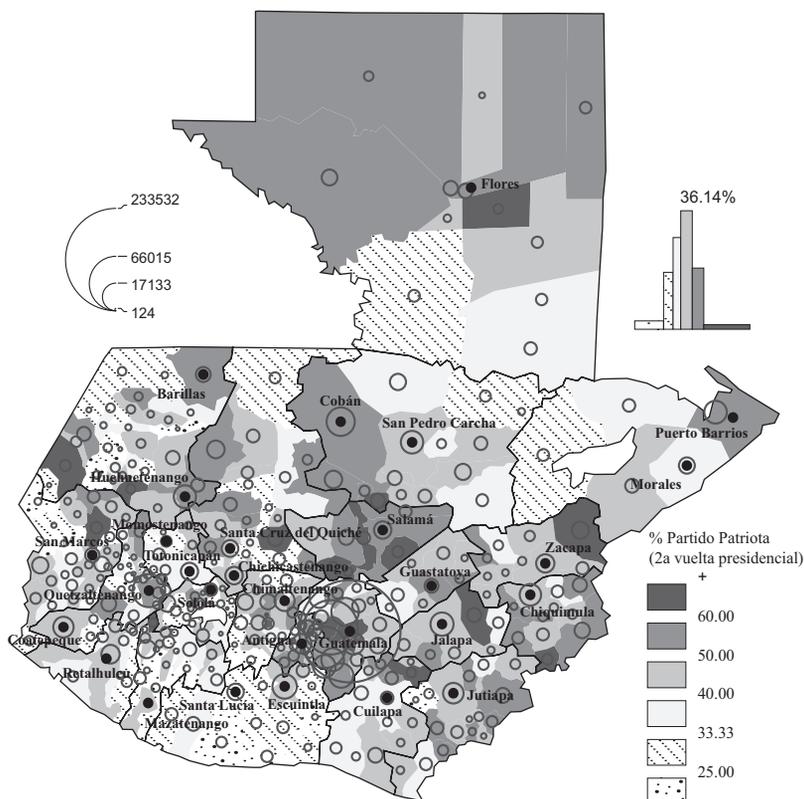
Pero sobre todo, el equipo de Colom se concentró notoriamente en la negociación de alianzas locales con los alcaldes electos por las más diversas fuerzas políticas, reforzando el arraigo territorial obtenido mediante la elección de 108 de sus candidatos municipales (contra 37 solamente postulados por el PP). Se confirmó, así, el peso creciente de la política local, y la presencia considerable de la UNE a lo largo y ancho del país, con resultados mayores a 50% en 20 de los 22 departamentos del país, y hasta superiores a 60% en los departamentos de Escuintla, Sololá, Totonicapán, Suchitepéquez, Retalhulú y San Marcos. Pese a su debilidad relativa en los departamentos de Guatemala (40.5%) y Baja Verapaz (43.8%), ello le permitió movilizar el mayor número de votos obtenidos hasta la fecha por un presidente electo en Guatemala.

En los Mapas 1 y 2, se observa claramente la fuerte concentración geográfica del PP en el nivel municipal: Pérez Molina obtiene 18% del total de sus votos en la capital (33.7% en el departamento central), contra 8.7% (20.5%) en el caso de Colom. Mientras que el primero capta probablemente muchos de los electores de Álvaro Arzú, de Alejandro Giammatei y de Eduardo Suger en el área metropolitana, el segundo logra sumar un conjunto mucho más amplio y heterogéneo de apoyos, distribuidos en todo el territorio nacional. Es precisamente esa participación inusual del campo la que, al diluir el peso relativo de la capital, le otorga la victoria a Álvaro Colom por UNE (Mapas 1 y 2).

El presidente electo de Guatemala es ingeniero industrial, gerente de producción en la industria maquiladora e integrante de la Gremial de Exportadores de Productos no Tradicionales (Agexport). Álvaro Colom tiene 56 años, es católico y casado. Sobrino de un prestigioso político asesinado a finales de los setenta, proyecta la imagen de un hombre sencillo y sereno. Asimismo, cuenta con nueve años de experiencia en la función pública: como Viceministro de Economía (1991), como Director del Fondo Nacional para la Paz (Fonapaz, 1991-1997), como asesor de la Secretaría de la Paz y como Director ejecutivo de la Dependencia Presidencial de Asistencia Legal y Resolución de Conflictos de Tierra (1997). Su notoriedad nacional se construyó mediante su participación en dos contiendas presidenciales anteriores, como candidato de la izquierdista Alianza Nueva Nación en 1999 (cuando obtuvo el tercer lugar, con 12.7% de los sufragios válidos), y luego de la UNE, que fundó para competir en 2003 (cuando obtuvo 44.1% en la segunda vuelta contra Óscar Berger). Entre las prioridades de su programa destacan, además de la seguridad pública, la reestructuración del presupuesto, un plan de urgencia en salud, la revisión de los fideicomisos y de la inversión pública, y la convocatoria a meditar sobre un nuevo pacto fiscal.

Mapa 1

% PP 2da vuelta presidencial (2007)



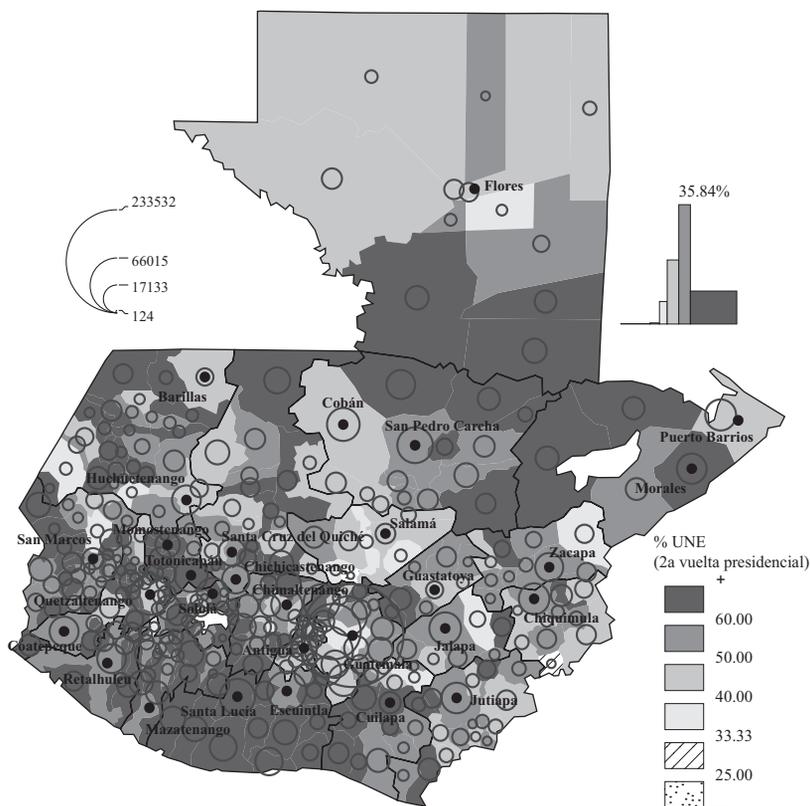
Creado por W. Sonnleitner con Philcarto - <http://perso.club-internet.fr/philgeo>
 Proyecto de investigación CES-COLMEX/CONACYT
 "Participación electoral y desarrollo humano en México y Centroamérica"

4. Las razones de una derrota... ¿inesperada?

Tras una larga y ofensiva campaña, que logró posicionarlo en los medios de comunicación como el virtual ganador, Otto Pérez Molina no tardó en reconocer su derrota tras la conferencia del TSE, en un discurso discreto pronunciado en la sede del PP. Para entonces, muchos de sus partidarios ya habían concedido el triunfo a Colom, lo que reveló la ausencia de una polarización real

Mapa 2

% UNE 2da vuelta presidencial (2007)



Creado por W. Sonleitner con Philcarto - <http://perso.club-internet.fr/philgeo>

Proyecto de investigación CES-COLMEX/CONACYT

“Participación electoral y desarrollo humano en México y Centroamérica”

hasta entre quienes aspiraban a cargos dentro de su gabinete. En cambio, el fracaso (quizás no tan inesperado) del general no dejó de sorprender a la mayoría de los periodistas y comentaristas, quienes se habían convencido de su superioridad propagandística y de su victoria anticipada. Con una sola excepción, todas las encuestas publicadas en la recta final le daban una ventaja de entre cuatro y siete puntos porcentuales, pronosticando algunas de ellas una contienda más cerrada o un empate técnico.

No obstante, los resultados desmintieron nuevamente a quienes tienden a reducir las elecciones a un mero juego de mercadotecnia. Como quedó demostrado, se requiere de algo más que mensajes publicitarios para conquistar una presidencia. Incluso en un contexto político tan fragmentado y volátil como el guatemalteco, no basta con proyectar una buena imagen; sigue siendo indispensable una maquinaria electoral capaz de transformar las llamadas “intenciones” en votos efectivos el día de la elección. En opinión de muchos, Otto Pérez ganó la batalla en los medios masivos de comunicación. Su lema (“*vota con mano dura*”) fue simple y claro, y lo posicionó como el favorito en un contexto en el que la inseguridad se ha transformado en una preocupación primordial, particularmente en la capital. Pero si bien su equipo estaba fuertemente cohesionado y disciplinado, éste no contó con una organización con arraigo territorial y capacidad de movilización a nivel nacional. Durante la primera vuelta, el PP apenas ganó 37 alcaldías y 29 diputaciones, obteniendo incluso menos votos y escaños que los 37 legisladores de la gobernante GANA.

En contraste, Álvaro Colom construyó su campaña sobre el prestigio añejo acumulado al frente de Fonapaz, sobre la elaboración colectiva de un programa de gobierno desde 2006, así como sobre una paciente labor de construcción de estructuras y alianzas locales, que le permitieron a la UNE conquistar 51 diputaciones y 108 alcaldías en septiembre de 2007. Sus temas centrales de comunicación (“*Tu esperanza es mi compromiso*”, “*Vida, paz y desarrollo*” y “*La violencia se combate con inteligencia*”), menos agudos pero más reconfortantes, tuvieron mejor aceptación en el campo, donde el desempleo es todavía más agobiante que la inseguridad, y donde aún se recuerdan los estragos del conflicto armado. En efecto, la imagen pública construida alrededor del “*General de la paz*” fue un arma de doble filo. Si bien es cierto que Pérez Molina participó como enlace del Ejército en la comisión negociadora de los Acuerdos de Paz (1996), muchos también recuerdan sus responsabilidades militares durante la lucha contra-insurgente y la represión a principios de los ochenta.

Pero sobre todo, la estrategia de Colom de privilegiar la negociación política por encima de la comunicación mediática, se reveló decisiva. Si bien el general se benefició de un suntuoso apoyo del sector privado y de poderosos medios de comunicación, lo que le permitió proyectarse como el vencedor en el “rating” de figuración televisual, la capacidad del candidato de la UNE para tejer alianzas locales le permitió movilizar a electores que tradicionalmente se retiraban del juego entre las dos vueltas presidenciales. Ello también explica por qué la mayoría de las encuestas volvieron a reflejar nuevamente los sesgos de una “opinión pública” distorsionada y poco representativa, augurando ya

sea un empate técnico, ya sea unos porcentajes similares a los de la realidad, pero a favor del candidato equivocado.

Finalmente, desde la óptica de la consolidación del juego democrático resulta fundamental aprender a perder, con la esperanza de poder triunfar en el futuro. Es todavía temprano para evaluar las posibilidades de un *come back* del general. Al declarar que solamente había perdido una batalla, pero que continuaría la guerra, éste ya anticipó su intención de volver a competir en 2011. Ello sería perfectamente viable, ya que los tres últimos presidentes guatemaltecos solamente fueron electos en el segundo, o hasta en el tercer intento (tal fue el caso de Alfonso Portillo en 1999, de Óscar Berger en 2003, y de Colom en esta ocasión). Sin embargo, no será fácil sobrevivir sin un mandato de elección popular durante los próximos cuatro años, ni de mantenerse al frente de un partido que solamente dispone de la tercera bancada parlamentaria y carece de prebendas presupuestarias propias.

II. El déficit de integración nacional y los desfases territoriales del rompecabezas electoral (1984-2007)

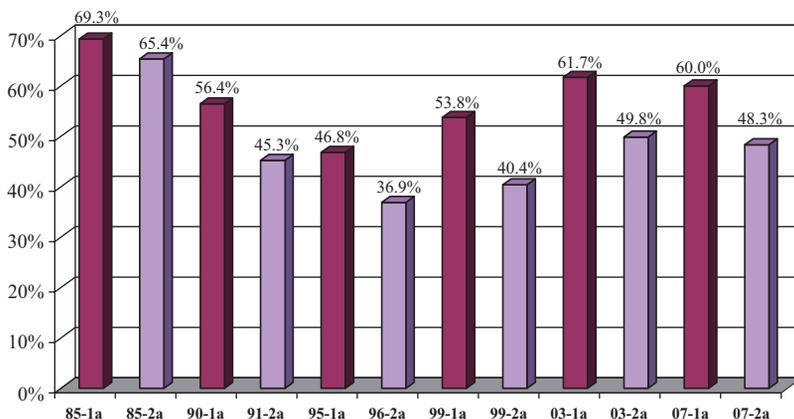
Desde una perspectiva más histórica, la democratización guatemalteca enfrenta retos mayúsculos, entre los que destacan cuatro problemas estructurales: 1) la escasa inscripción y participación ciudadanas, que revelan los límites de la inclusión política; 2) la fragmentación de los actores colectivos y de los conflictos sociales, que se traduce en una fugaz polarización político-ideológica de la ciudadanía y en la carencia de un polo de izquierda organizado; 3) las deficiencias, el descrédito y la débil —sino es que prácticamente inexistente— institucionalización del sistema de partidos políticos; así como 4) la preeminencia de los liderazgos personalizados y una curiosa continuidad de las dinámicas políticas a nivel local. Todos estos fenómenos revelan un patente déficit de integración nacional, resultado de la fragilidad del Estado y de las políticas públicas frente a la capacidad de concertación de intereses particulares (monopolios de la empresa privada) o corporativos (permanencia del Ejército), así como a la influencia creciente de grupos de poder fácticos (crimen organizado).

1. La deficiente inclusión y participación ciudadana

Como lo pudimos ver en el primer apartado, el abstencionismo es un elemento crucial para la explicación de los resultados electorales en Guatemala.

Gráfica 10

Evolución histórica de la participación electoral
(primeras y segundas vueltas presidenciales)



Fuente: TSE (varios años) (gráfica elaborada por el autor: las primeras vueltas se representan en colores oscuros, las segundas en colores claros).

Éste se encuentra, en efecto, entre los más elevados de toda América Latina, comparándose solamente con las tasas registradas en Colombia y El Salvador (IIDEA, 2002, Sonnleitner, 2007). Ciertamente, la participación en Guatemala ha conocido fuertes fluctuaciones en el tiempo, con una tendencia decreciente hasta 1994, y una recuperación notable desde entonces, sobre todo en las primeras vueltas de las elecciones presidenciales (Gráfica 10).

No obstante, el abstencionismo sigue representando una seria limitación para la calidad del juego democrático, particularmente porque el fenómeno se refuerza por la considerable sub-inscripción de los electores potenciales. En 1985, uno de cada cuatro Guatemaltecos mayores a 18 años no estaba registrado como elector y, si bien estos porcentajes se han ido reduciendo paulatinamente desde entonces, en 2007, 12% de la población en edad de votar permanecía excluida de la ciudadanía política (Cuadro 1).

A su vez, la sub-inscripción se concentra fuertemente entre los sectores más marginados de la población, entre las mujeres mayas con menor escolaridad y en los municipios con mayor presencia de hablantes de lenguas indígenas (Rull, 2005; Boneo y Torres-Rivas, 2000). El siguiente mapa ilustra la distribución geográfica de la proporción de mujeres inscritas en el padrón electoral con respecto al número total de mujeres en 2003, que es particularmente

Cuadro 1
Evolución Inscritos/Población en Edad de Votar (1985-2007)

<i>Población en edad de votar</i>	1985	%	1990	%	1995	%	1999	%	2003	%	2007	%
Total ⁽¹⁾	3 657 287	100	4 210 398	100	4 856 193	100	5 439 482	100	5 618 698	100	6 802 000	100
No inscrita	903 715	25	1 005 443	24	1 144 604	24	980 738	18	857 041	15	811 971	12
Inscrita ⁽²⁾	2 753 572	75	3 204 955	76	3 711 589	76	4 458 744	82	4 761 657	85	5 990 029	88
Votos emitidos	1 907 771	52	1 808 718	43	1 737 033	36	2 397 212	44	2 937 636	52	3 615 867	53
Votos válidos	1 679 000	46	1 554 231	37	1 548 864	32	2 191 512	40	2 684 179	48	3 278 949	48

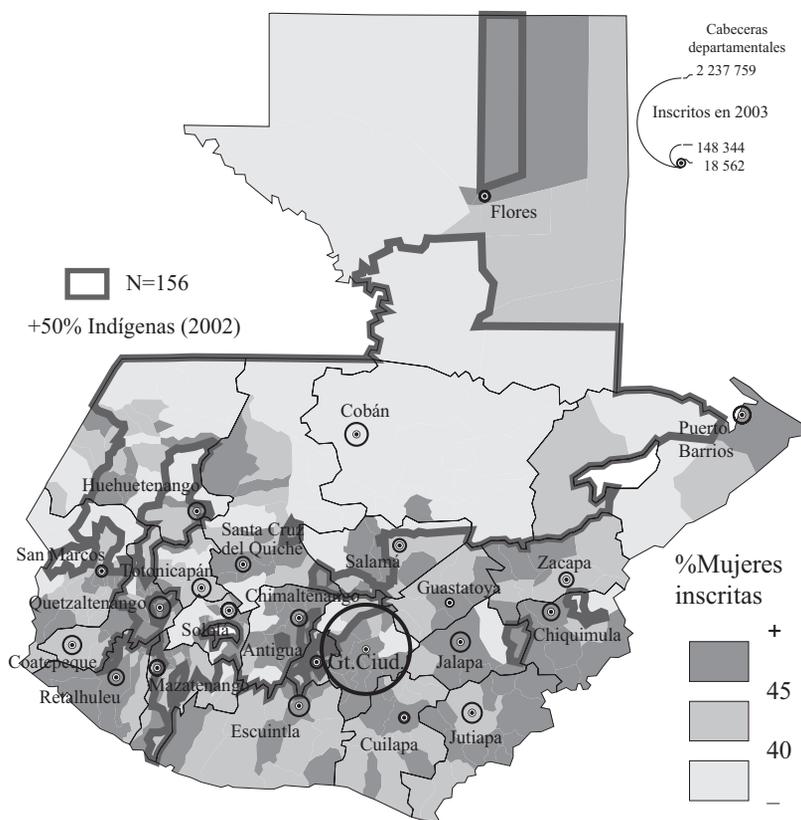
Fuentes: (1) Payne *et al.* (2006), OEA (2007); (2) TSE (varios años). (Cuadro elaborado por el autor).

bajo en los municipios predominantemente q'eqchi's (Alta Verapaz, sur de Petén y oeste de Izabal), pero también poptís, chujs y q'anjob'ales (norte de Huehuetenango). En otras áreas, como la k'iche' y la k'aqchikel, se observa una mayor variación entre los municipios (Rull y Sonnleitner, 2006) (Mapa 3).

Como era de esperarse, estas disparidades territoriales recubren las de otras variables socio-demográficas fuertemente relacionadas con la participación

Mapa 3

% ciudadanas inscritas sobre total de mujeres censadas (2003)



Creado por W. Sonnleitner con Philcarto - <http://perso.club-internet.fr/philgeo>
 Proyecto CEMCA-BID-IHEAL/CREDAL
 "Atlas electoral de Centroamérica"

electoral, que tiende a incrementarse con mayores grados de urbanización e inscripción de mujeres, y a disminuir cuando aumenta la extrema pobreza y el número de habitantes por Junta Receptora de Voto (JRV). Asimismo, la notable sub-inscripción de mujeres indígenas varía en el mismo sentido que la subcobertura electoral, la urbanización y la pobreza extrema, lo que indica correlaciones cruzadas entre todas estas variables (Rull y Sonnleitner, 2006).

Sin embargo, durante el periodo de estudio no se verifica una relación consistente entre el desarrollo humano y la participación electoral. En un extenso análisis empírico de las variables explicativas de la participación en las elecciones de 1985, 1990 y 1995, Lehoucq y Wall (2001) establecieron la incidencia estadística de diversos factores espaciales (tamaño y rango administrativo de municipios, número de votantes por mesa), político-institucionales (magnitud distrital, número efectivo de partidos, competitividad) y sociológicos (proporción de mujeres empadronadas, alfabetas e indígenas), así como el escaso impacto del desarrollo económico y del clivaje urbano-rural. Este último también se sigue registrando en los comicios posteriores, en las legislativas y en las primeras vueltas de las presidenciales de 1999, 2003 y 2007. No obstante, en las segundas vueltas de dichas presidenciales sí aparecen correlaciones fuertes y positivas con el desarrollo humano ($r = +0.491$ en 1999, $+0.402$ en 2003 y $+0.364$ en 2007), en contiendas que movilizan siempre a una parte sensiblemente inferior de la ciudadanía.

Ello se relaciona probablemente con el fenómeno ya señalado por Lehoucq y Wall (2001) para los comicios de 1985, 1990 y 1995, y que se volvió a producir en los *ballotages* de 1999, 2003 y 2007: como resultado de la reducción de contendientes entre ambas vueltas, los recursos también disminuyeron y tendieron a concentrarse en los principales centros urbanos, confiririéndole un perfil más “desarrollado” a los votantes de las segundas vueltas presidenciales. Por ello, en Guatemala los clivajes socio-económicos solamente “se activan” en los *ballotages*, diluyéndose o desapareciendo durante los comicios generales, como efecto de la movilización de electorados más “volátiles” y dispersos.⁹

2. La débil polarización ideológica de la demanda y oferta políticas

El segundo problema de la democratización guatemalteca se relaciona con la fragmentación de los actores políticos y con la debilidad de la polarización ideológica, tanto en términos de percepciones ciudadanas, como de oferta partidista.

⁹ Para un análisis más extenso y comprensivo, que permite ubicar la especificidad de Guatemala en el contexto mexicano y centroamericano, véase Sonnleitner (2007).

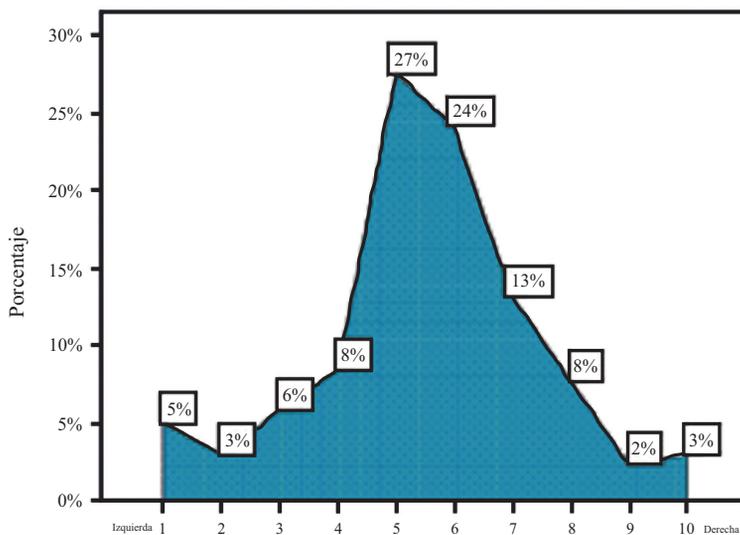
ta. Paradójicamente, pese al prolongado conflicto interno que desgarró al país durante casi cuatro décadas, hoy en día no se observa una diferenciación significativa entre los incontables grupos y partidos que acaparan la representación política.

A diferencia de lo que se observa en Nicaragua y El Salvador —que también conocieron sangrientos conflictos internos en la década de los ochenta—, el sistema político guatemalteco carece de un polo de izquierda lo suficientemente organizado para proveerlo de proyectos e ideas alternativas, e incluso de un debate ideológico con contenidos plurales. Ello se refleja, en primer lugar, mediante la debilidad de la polarización ideológica de las percepciones ciudadanas, tal y como se pueden registrar mediante encuestas electorales. En contraste con sus vecinos centroamericanos, la ciudadanía guatemalteca se distingue por una marcada concentración en el centro, con una inclinación hacia el centro-derecha del espectro político-ideológico (Gráfica 11).

Gráfica 11

La débil polarización de las percepciones ciudadanas

Posicionamiento ideológico de los guatemaltecos, 2006



Posición donde se ubica según el sentido que tienen los términos "izquierda" y "derecha" cuando piensa sobre política

Fuente: Proyecto LAPOP, 2006. Tomado de Azpuru, Pira y Seligson (2006:129).

Ello contrasta con el grado de polarización que se percibe en otros ámbitos de la sociedad guatemalteca, relacionados con las desigualdades económicas, sociales y culturales que la dividen y enfrentan. Por ello, una de las claves para explicar esta curiosa ausencia de polarización ideológica se relaciona con el fracaso organizativo y electoral de las distintas corrientes de la izquierda, cuyas divisiones y rivalidades internas han impedido la consolidación de un partido consistente y durable, con capacidades de atraer electores fuera de sus reducidas filas. Sin lugar a dudas, las grandes desigualdades en el acceso al financiamiento privado y a los principales medios de comunicación distorsionan y limitan considerablemente la equidad y la competitividad de las contiendas electorales. Sin embargo, éstas también caracterizan a otros países de la región donde los partidos de izquierda sí han logrado crecer y consolidarse, como lo ilustra el caso del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador.

Al respecto, la derrota más reciente de Rigoberta Menchú es paradigmática, y se inscribe en la continuidad directa de las fallidas experiencias del pasado. En 1995, el Frente Democrático Nueva Guatemala (FDNG) suscitó grandes expectativas y captó 119 mil votos en las presidenciales (7.7% de los válidos) y 163 mil votos (9.6%) en las legislativas, al lograr aglutinar un amplio abanico de alianzas con sectores progresistas y populares (inclusive el apoyo tácito de la todavía clandestina URNG). En 1999, la izquierda fue representada por la propia URNG (ahora reconvertida en partido político)—en coalición con Desarrollo Integral Auténtico (DIA), integrando la llamada Alianza Nueva Nación (ANN)—, así como por el FDNG—inicialmente aliado a la antigua guerrilla, pero de la que se separó por conflictos personales—. Y entonces, el conjunto de dichas fuerzas captó 299 mil sufragios en las presidenciales y 295 mil en las legislativas (es decir cerca del 14% de los votos válidos). En 2003, la izquierda fue encarnada nuevamente por la URNG, así como por la ANN, conformada por disidentes de la ex guerrilla y dirigentes del ahora desaparecido FDNG, sumando 231 mil sufragios en las legislativas (9%), pero captando solamente 69 mil votos en las presidenciales (2.6%), con la candidatura de Rodrigo Asturias por la URNG. Finalmente, en 2007 se volvieron a presentar la URNG, la ANN y Encuentro por Guatemala (EG), una nueva agrupación fundada por disidentes de ANN que apoyó la candidatura de Menchú.

A esta izquierda de corte más radical, cabe agregar una corriente más moderada y pragmática, que se ha ido desplazando hacia el centro-derecha del espectro político, pero que sigue reivindicando su participación como observador en la Internacional Social-Demócrata. En efecto, antes de fundar la UNE, el presidente electo Álvaro Colom fue postulado como candidato a presidente por ANN en 1999, cuando obtuvo 270 mil 891 sufragios (12.4% de los

válidos). A su vez, la corriente de la diputada Nineth Montenegro, electa primero por la ANN y que fundó ahora EG, pese a apoyar la candidatura de Rigoberta Menchú a la presidencia, fue acusada por algunos sectores de izquierda de representar los intereses de uno de los grandes grupos empresariales que controla la economía del país. Como cabeza de la lista nacional que presentó su partido para las legislativas, la diputada fue cómodamente reelecta en 2007, movilizandó el doble de votos que su aliada presidencial. En otras palabras, la debilidad de la izquierda guatemalteca no se debe necesariamente a una “idiosincrasia cultural” comúnmente referida, sino también, por lo menos en parte, a problemas de liderazgo y faccionalismo, y a fuertes divisiones internas.

3. La pulverización del sistema de partidos

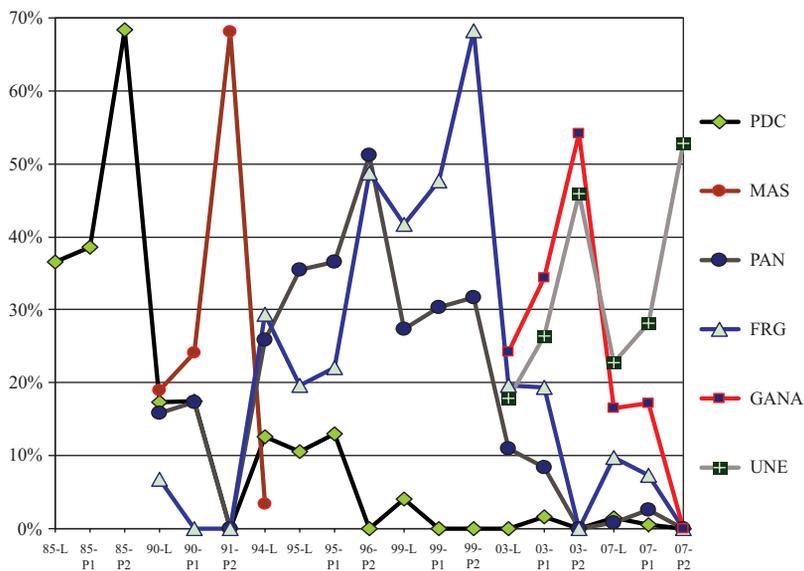
El tercer problema de la democratización guatemalteca reside en la pulverización del sistema de partidos, cuya fragmentación y volatilidad extremas impiden la constitución de identidades políticas estables y durables, en un contexto de marcada confusión y de creciente desilusión con las instituciones representativas.

Como lo ilustran las dos siguientes gráficas, ninguno de los partidos que han gobernado el país desde 1985 ha logrado conservar la confianza de los electores que los llevó al poder. En lugar de esforzarse en construir estructuras partidistas y bases territoriales estables, los actores políticos prefieren apoyarse en redes personales de poder e influencia política. Ello se refleja en la atomización de la oferta política: entre 1985 y 2007, no menos de 61 partidos y 12 coaliciones o alianzas políticas participaron en alguno de los comicios, sin contar los cientos de comités cívicos que han presentado candidatos independientes a nivel municipal (Sicher Moreno, 1999; Olascoaga, 2003). En 2003 y 2007, el número efectivo de partidos electorales (índice de Laakso & Taagepera) alcanzó respectivamente 6.6 y 7.7 en las elecciones legislativas, es decir, grados de fragmentación que solamente se encuentran en Bolivia, Ecuador y Brasil (Payne *et al.*, 2006). En efecto, en las dos últimas contiendas, no menos de 18 (en 2003) y de 16 (en 2007) formaciones se presentaron bajo un sinfín de siglas partidistas (ASIES, 2004 y 2007).

Asimismo, las patentes carencias organizativas e institucionales de los partidos guatemaltecos son evidenciadas por su altísima “fecundidad” y por su bajísima “esperanza de vida”. Éstos proliferan en cada contienda, pero muchos de ellos no sobreviven siquiera a la coyuntura electoral. A su vez, las fuerzas políticas que han logrado conquistar la presidencia desde 1985, no

Gráfica 12

% de votos sobre válidos de partidos que gobernaron el país desde 1985



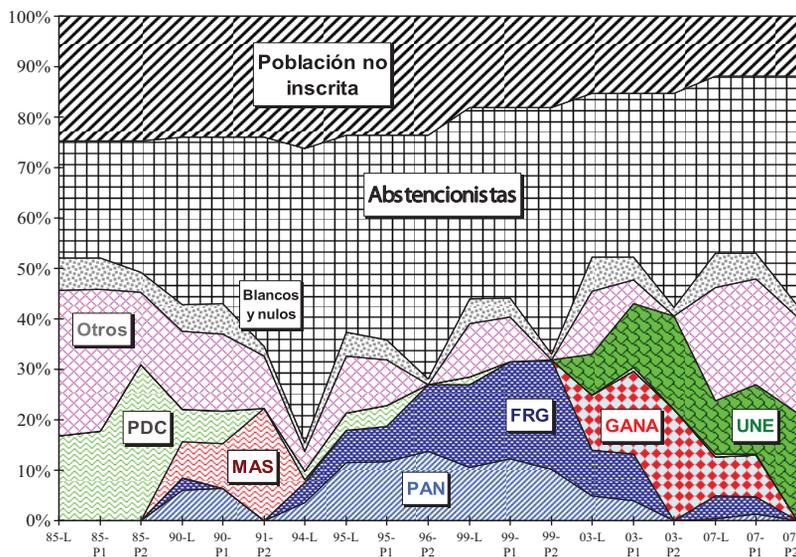
L = Legislativas. P1, P2 = Presidenciales 1a y 2a vueltas, respectivamente.

cuentan con bases duraderas. Tanto el Frente Republicano Guatemalteco (FRG), como el Partido de Avanzada Nacional (PAN) —es decir, las dos formaciones con el mayor grado de estructuración territorial y temporal en el periodo reciente— registran una estrepitosa caída entre 1999 y 2003, pasando respectivamente de 48% a 19%, y de 30% a 8% de los votos presidenciales. El fuerte declive del PAN se relaciona con la disputa interna en torno a la candidatura presidencial de Óscar Berger, cuyo fracaso lo lleva a conformar una nueva Gran Alianza Nacional (GANA) con el apoyo de tres pequeños partidos, que lo lleva a la Presidencia en 2003. Sin embargo, dicha alianza se fragmenta nuevamente en 2007, en unos comicios que sancionan un nuevo declive del FRG y la práctica desaparición del PAN como partido político, ilustrando el carácter personalista, carismático y caudillista del juego político-electoral (Gráfica 12).

Pero la debilidad estructural del sistema de partidos guatemaltecos se manifiesta de manera todavía más contundente cuando se relaciona con los altos porcentajes de ciudadanos no inscritos, e inscritos que no acuden a votar

Gráfica 13

Composición del voto en relación con la población en edad de votar
(elecciones legislativas y presidenciales, 1985-2007)



L = Legislativas. P1, P2 = Presidenciales 1a y 2a vueltas, respectivamente.

(Gráfica 13). Así, incluso en los momentos más decisivos de la vida política nacional, como en las segundas vueltas de las elecciones presidenciales, los candidatos de los partidos ganadores solamente movilizaron a una parte muy modesta de la población en edad de votar: 31% en 1985 (Inicio Cerezo Arévalo del Partido Demócrata Cristiano, PDC); 22% en 1991 (Jorge Serrano Elías del Movimiento de Acción Solidaria, MAS); 14% en 1996 (Álvaro Arzú Irigoyen del Partido Avanzada Nacional, PAN); 22% en 1999 (Alfonso Portillo del Frente Republicano Guatemalteco, FRG); 22% en 2003 (Óscar Berger con la Gran Alianza Nacional, GANA) y 21% en 2007 (Álvaro Colom, UNE).

4. Los desfases territoriales de la política y el déficit de integración nacional

Como pudimos mostrarlo en un análisis exploratorio sobre las dinámicas territoriales del voto en 1999 y 2003, los partidos guatemaltecos se caracterizan por un desfase singular entre sus estructuras organizativas formales —tales co-

Cuadro 2

Despliegue institucional efectivo de seis partidos

<i>Despliegue institucional efectivo (por tipo de municipio)</i>	<i>PAN</i>	<i>GAN</i>	<i>DCG</i>	<i>FRG</i>	<i>URNG</i>	<i>UNE</i>
Sin organización, ni afiliados	158	91	0	96	165	235
Con organización, sin afiliados	30	26	22	32	115	45
Con organización, y afiliados	89	135	308	108	44	22
Sin organización, pero con afiliados	54	79	1	95	7	29
Total	331	331	331	331	331	331

mo éstas se registran legalmente ante el Tribunal Supremo Electoral (TSE)— y sus estructuras efectivas de poder en el ámbito local —que tienen lógicas y dinámicas territoriales muy distintas—. ¹⁰ Ello apunta precisamente hacia la característica fundamental del sistema político guatemalteco, marcado por un patente déficit de integración nacional.

Así, cinco de las seis fuerzas políticas analizadas declaran afiliados en muchos más municipios que en los que cuentan realmente con una estructura organizativa. Dicho desfase se confirma, incluso, cuando el análisis se limita a aquellos municipios en los que los partidos dicen contar con un porcentaje significativo de afiliados (es decir, con más de 1% del total de los votantes en 2003), y cuando se cruza esta variable con la organización partidista declarada. Así, prácticamente todos los partidos pretenden contar con afiliados en municipios en los que no declaran tener organización, y en cambio no cuentan con afiliados en muchos municipios donde sí reivindican una (la única excepción es Democracia Cristiana Guatemalteca, DCG, que reivindica organización en 330 municipios y registra afiliados en 327 municipios). Este desfase entre la organización y la afiliación *declarada* se observa claramente en los siguientes cuadros, que ilustran la ausencia de relaciones lógicas entre el porcentaje de afiliados sobre votantes y el despliegue territorial efectivo de los distintos partidos en los 331 municipios que conforman el territorio nacional (Cuadro 2; el municipio 332 es de reciente creación —2007— y no está considerado en los datos disponibles hasta la fecha).

Por otra parte, se verifica un curioso desfase entre el despliegue territorial registrado y el desempeño electoral efectivo de los partidos políticos. Ello se

¹⁰ Al respecto, puede consultarse la serie de mapas publicados por Mack y Sonnleitner (2006).

Cuadro 3

Despliegue territorial declarado y desempeño electoral efectivo

Resultados electorales en 2003
(% promedio de votos, por tipo
de municipio)

	<i>PAN</i>	<i>GAN</i>	<i>DCG</i>	<i>FRG</i>	<i>URNG</i>	<i>UNE</i>
Sin organización, ni afiliados	11.8	18.6	—	24.6	1.2	11.4
Con organización, sin afiliados	14.6	18.5	3.6	21.8	3.4	13.1
Con organización, y afiliados	13.2	<i>16.3</i>	3.8	18.9	11.5	18.9
Sin organización, pero con afiliados	14.5	19.8	4.3	<i>14.3</i>	5.4	17.2

manifiesta en los promedios de votos válidos que obtienen los partidos en las distintas categorías de municipios que acabamos de distinguir, siendo éstos frecuentemente superiores en lugares en donde los partidos no cuentan con organización, con afiliados, o con ninguno de ambos. De los seis grandes partidos aquí analizados, tan sólo la URNG y —en menor medida— la UNE, obtienen mejores resultados en los municipios en los que sí declaran contar con estructuras organizativas y con militantes locales (Cuadro 3).

La distorsión es aun más patente cuando se analiza la relación entre las distintas categorías de municipios y los resultados políticos efectivos de los partidos en las elecciones municipales de 2003. Para empezar, porque los partidos presentan frecuentemente candidatos en municipios en los que no tienen ni organización, ni afiliados (Cuadro 4). Pero sobre todo porque esos candidatos a menudo son electos en dichos municipios, revelando la escasa relación entre la presencia organizativa y de afiliación declarada, y la capacidad de acceder y ejercer efectivamente el gobierno local. Así, tan sólo la URNG muestra una cierta coherencia entre estas variables, mientras que los otros partidos conquistan la mayoría de sus alcaldías, ya sea en municipios en los que no pretenden contar con organización, ya sea en municipios en los que dicen no tener afiliados locales, ya sea en municipios en los que carecen de ambos (Cuadro 5).

Y sin embargo, no todo es volátil y caótico en la política guatemalteca. Por lo contrario, sorprende que, pese a la elevada fragmentación partidista que se observa a nivel nacional, también existe mucha continuidad en el ejercicio del poder local (Mack y Sonnleitner, 2006). Las Gráficas 14 y 15 dan una muestra fehaciente de ello: de los 1 837 comicios municipales realizados entre 1985 y 2003, más de una tercera parte (642) desembocaron en la reelec-

Cuadros 4 y 5

Relación entre organización, afiliados, candidatos registrados y alcaldías conquistadas en las elecciones municipales de 2003

Cuadro 4: Relación organización-candidatos (por tipo de municipio)

	<i>PAN</i>	<i>GANA</i>	<i>DCG</i>	<i>FRG</i>	<i>URNG</i>	<i>UNE</i>
Sin organización, ni afiliados	141	82	0	91	40	208
Con organización, sin afiliados	25	22	14	31	76	43
Con organización, y afiliados	84	104	223	104	38	22
Sin organización, pero con afiliados	48	73	1	95	4	26
Total candidatas registrados (elecciones 2003)	298	281	238	321	158	299

Cuadro 5: Relación organización-resultados (por tipo de municipio)

	<i>PAN</i>	<i>GANA</i>	<i>DCG</i>	<i>FRG</i>	<i>URNG</i>	<i>UNE</i>
Sin organización, ni afiliados	14	17	0	34	0	17
Con organización, sin afiliados	1	4	0	11	1	0
Con organización, y afiliados	7	28	5	36	6	6
Sin organización, pero con afiliados	5	16	0	32	0	6
Total alcaldías ganadas (elecciones 2003)	27	65	5	113	7	29

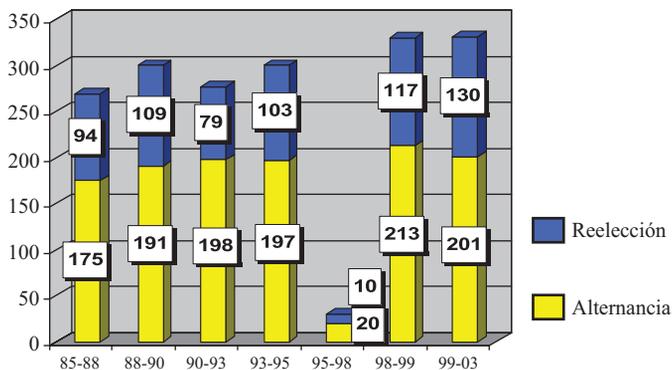
ción (Gráfica 14), ya sea de los mismos partidos con candidatos distintos (reelección “partidista”; Gráfica 15, círculos), ya sea de los mismos candidatos bajo siglas distintas (reelección “carismática”; Gráfica 15, estrellas), ya sea de los mismos candidatos con los mismos partidos (reelección “carismática-partidista”; Gráfica 15, triángulos).

Por ello, si bien es cierto que la alternancia es el resultado electoral predominante en los comicios locales, también existen muchos municipios guatemaltecos que se caracterizan por fenómenos de reelección y continuidad política local, basada a veces en organizaciones de tipo partidista, o bien en el carisma y poder personales de caudillos que no se apoyan durablemente en partidos políticos, o bien en liderazgos mixtos que combinan ambos tipos de legitimidad, para retomar dos dimensiones de la tipología clásica de Max Weber (1984). En efecto, como lo ilustra el análisis diacrónico de este fenómeno, la desagregación de la primera tipología revela variaciones sig-

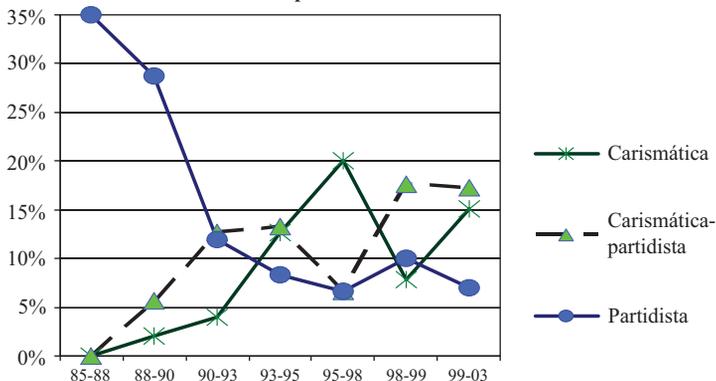
Gráficas 14 y 15

Alternancias locales y tipos de reelección municipal

Gráfica 14:
1 837 Elecciones municipales (1985-2003)



Gráfica 15:
Tipos de reelección



nificativas en el tiempo: en el periodo inicial de la transición (1985-1988) se produce un menor número de alternancias y un mayor número de reelecciones “partidistas”, mientras que al final del periodo (1999-2003) las reelecciones “carismáticas” y “carismática-partidistas” conocen un fuerte incremento, y las reelecciones “partidistas” registran una disminución notable y significativa (Gráfica 15 y Cuadro 6).

Cuadro 6

Alternancias locales y tipos de reelección municipal

<i>Tipo de elección municipal</i>	<i>1985/1988</i>		<i>1999/2003</i>		<i>Municipios con una o más reelecciones</i>	
	<i></i>	<i>%</i>	<i></i>	<i>%</i>	<i></i>	<i>%</i>
Alternancia municipal	175	53	201	61	41	12
Reelección “carismática”	0	0	50	15	52	16
Reelección “carismática-partidista”	0	0	57	17	105	32
Reelección “partidista”	94	28	23	7	133	40

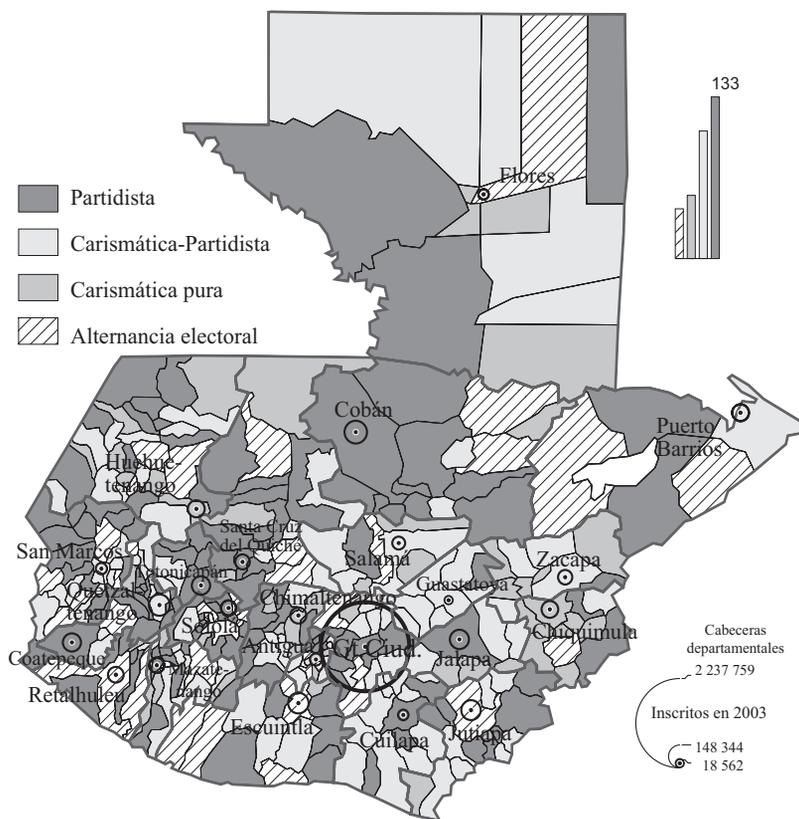
Finalmente, cabe destacar que solamente en 41 municipios se producen, siempre, alternancias electorales, lo que permite construir una segunda tipología con al menos un fenómeno de reelección municipal. Ésta se caracteriza por el predominio de municipios con reelecciones “partidistas” (40%), seguidos por los municipios con reelecciones “carismática-partidistas” (32%) y por los municipios con reelecciones “carismáticas” puras (16%). En otras palabras, cabe distinguir distintas fases en el periodo analizado. Mientras que, al inicio de la transición, el sistema aún estaba relativamente integrado y contaba con partidos políticos (DCG y UCN) que lograban la reelección de los nuevos candidatos que se presentaban bajo sus siglas, la etapa actual se caracteriza por el predominio creciente de los liderazgos caudillistas y personalizados. Como lo ilustra la distribución territorial de los diversos tipos de reelección, éstos obedecen en ocasiones a dinámicas locales o regionales con cierto grado de articulación, pero se desarrollan al margen del sistema nacional de partidos y de su representación formal (Mapa 4).

En resumidas cuentas, la peculiaridad más interesante de la democratización guatemalteca es que, desde 1985, ninguna fuerza política que ha gobernado el país ha logrado capitalizar su gestión en el gobierno, sufriendo todas sin excepción un voto de sanción que se traduce frecuentemente en su simple y llana desaparición. Ello pone de manifiesto la volatilidad extrema de los partidos y la exacerbada personalización de la política guatemalteca, que caracterizaron precisamente los últimos comicios generales de 2007. Junto con el déficit de participación e inclusión ciudadana, la debilidad de un polo estructurado de izquierda contribuye a explicar la ausencia

de una oferta programática ideológicamente diferenciada, de proyectos alternativos al consenso de las élites gobernantes, así como de identidades partidistas estables y duraderas. ¿Para qué sirven, entonces, en este contexto paradójico de “pluralismo sin opciones”, los procesos electorales guatemaltecos?

Mapa 4

Alternancia y continuidad “carismática” y “partidista”



Creado por W. Sonnleitner con Philcarto - <http://perso.club-internet.fr/philgeo>
 Proyecto CEMCA-BID-IHEAL/CREDAL
 “Atlas electoral de Centroamérica”

¿Para qué sirven las elecciones en Guatemala? (A modo de conclusiones)

En teoría, las elecciones libres y competitivas abren espacios plurales de participación y representación popular, propiciando la gestión de la diversidad y la canalización de los conflictos políticos por vías pacíficas. A esta dimensión “formal” del pluralismo democrático, la corriente liberal agrega las facultades y garantías individuales del ejercicio de la ciudadanía en un Estado de derecho, mientras que otros insisten en la dimensión social, de redistribución, igualdad y justicia, de la ciudadanía en un Estado de bienestar. Por ello, existe un intenso debate en torno a los alcances y las limitaciones de los procesos democráticos, y a sus relaciones con la calidad de los procesos electorales. En efecto, es bien sabido que las elecciones *per se* no son exclusivas de las democracias, y que muchos regímenes autoritarios (y hasta totalitarios) recurren a ellas para movilizar apoyos entre las masas populares, para negociar alianzas, para comunicar y ratificar decisiones previamente tomadas, pero sobre todo, como un mecanismo de aclamación y legitimación de los gobernantes por los gobernados. En otras palabras, existe un tipo peculiar de “*elecciones sin opciones*”, que no pone verdaderamente en juego, ni la selección ni la renovación de los gobernantes, ni el ejercicio ni el control del poder político (Hermet, Rouquié y Linz, 1982).

Dentro de esta perspectiva, la democratización guatemalteca constituye un caso límite. Como en Nicaragua y en El Salvador, las elecciones contribuyeron innegablemente a la resolución del conflicto armado interno, a la pacificación de la política nacional y a la estabilización del orden constitucional. Sin ellas, resulta difícil imaginar el éxito nada despreciable de las negociaciones que desembocaron, en diciembre de 1996, en la firma de los Acuerdos de Paz (Arnson, 1996; Domínguez y Lindberg, 1997). Asimismo, el pluralismo político-electoral ha contribuido a la afirmación de un discurso normativo de justicia e igualdad, así como a la reivindicación creciente de una ciudadanía más amplia y efectiva (Chase-Dunn, Jonas y Amaro, 2001; Azpuru *et al.*, 2007).

Sin embargo, se trata de un proceso muy frágil, incipiente e inacabado, en un contexto singularmente adverso, de transiciones múltiples (Sieder, 1996; McLeary, 1999). En términos económicos, la democratización ha coincidido con una apertura comercial desenfrenada y con el abandono de una estrategia de desarrollo interno, así como con la expulsión del bono demográfico que —en la ausencia de oportunidades de empleo— se ve obligado a emigrar. El país está perdiendo, así, los sectores más jóvenes, dinámicos y emprendedores de su población, lo que probablemente también contribuye

a explicar la debilidad de los movimientos sociales y populares ya que, al marcharse, éstos alimentan las filas de los abstencionistas y “votan con los pies”, por no hablar del elevadísimo costo social de esta emigración cada vez más masiva, y que se manifiesta en el debilitamiento de las estructuras familiares y de las diversas redes de solidaridad comunitaria y local. Pero lo que, probablemente, es todavía más grave para la consolidación democrática, es el abandono de las políticas públicas y la bancarrota del Estado, que carece de la capacidad de ejercer hasta sus prerrogativas más elementales de procuración de justicia y seguridad.¹¹

La calidad de los procesos electorales tiene que ser evaluada a la luz de estas condiciones, así como de los criterios operativos propuestos por Schedler (2002). Como lo hemos visto, las elecciones guatemaltecas se han vuelto razonablemente competitivas. Sin embargo, éstas todavía no cumplen cabalmente con los requisitos de universalidad e igualdad del sufragio, ya que uno de cada siete ciudadanos no está inscrito en el registro electoral y dicho sub-registro está relacionado con desigualdades de tipo económico y socio-cultural. En segundo lugar, existe una libertad efectiva de expresión de las opiniones ciudadanas, pero éstas se forman en un contexto distorsionado por un acceso muy desigual a la educación e información, a los recursos financieros de campaña y a los medios de comunicación, que controlan la agenda pública de la contienda electoral. En tercer lugar, el objeto y rango de alcance de las elecciones sigue estando limitado por la influencia de grupos e intereses con posiciones y dominios reservados, fuera del alcance de las decisiones de los gobernantes electos. Pero sobre todo, cabe interrogarse sobre los efectos y las consecuencias que tiene el voto sobre el proceso político y social, y si éste ofrece realmente “opciones” ante la falta de proyectos alternativos que compiten en la arena electoral. Se trata, en suma, de procesos electorales cuyos rasgos merecen ser discutidos, y cuya legitimidad “democrática” dista mucho de alcanzar la unanimidad.

Finalmente, lo que más sorprende es el patente desfase entre unas campañas retóricamente agresivas y artificialmente polarizadas, y una ciudadanía eminentemente desinteresada, despolitizada y apática. Aún así, persisten problemas serios de fragmentación político-partidista, que plantean riesgos reales para la gobernabilidad. Álvaro Colom ganó con el apoyo de un partido que ni siquiera controlará una tercera parte de los 158 escaños legislativos,

¹¹ En 2007, existían alrededor de 75 mil agentes de seguridad privada, empleados por unas 70 empresas, de las cuales la mayoría no contaba siquiera con un registro legal. En contraste, la policía nacional contaba con aproximadamente 30 mil efectivos, pobremente pagados y equipados, y con importantes carencias de formación profesional.

frente a un Congreso adverso y ultra-dividido, sin lealtades claras y con una fuerte tradición de transfugismo parlamentario. Por ello, desde su primera conferencia de prensa, el presidente electo convocó a los partidos de oposición a una reunión de concertación. Con una bancada de 51 diputados electos por la UNE, Colom tendrá que negociar con los otros grupos parlamentarios representados, integrados por 29 legisladores del PP, 24 de la GANA, catorce del FRG (liderados por el ex dictador Ríos Mont), siete del PU, cinco de la UCN, cuatro de EG, cuatro del CASA, tres del PAN, dos de la URNG y uno de la UD, así como con los trece diputados del recién formado Bloque Independiente Bancada Guatemala (BG), o bien con la diputada que en junio de 2008 era totalmente independiente. Pero es poco probable que se logre algún acuerdo estable. En la pasada legislatura, no menos de 68 diputados (43% del total) cambiaron de formación política, para no hablar de la fragilidad, de la fragmentación y de las tensiones internas de los partidos.

Así, no faltan quienes pronostican una pronta división de la misma bancada de la UNE, cuyos integrantes distan mucho de ser incondicionales.¹² Al respecto, preocupan las primeras evidencias arrojadas por las investigaciones de los 139 casos graves de violencia, particularmente de los homicidios cometidos durante la campaña contra 51 candidatos y 7 militantes de partidos políticos. En efecto, la prensa ha señalado denuncias de que algunos de esos asesinatos pueden estar relacionados con pugnas intra-partidistas. En otras palabras, si bien la democratización electoral habrá contribuido a la pacificación de la vida política nacional, la violencia rampante que sigue azotando al país aun no está enteramente despolitizada. Atrás parece haber quedado el conflicto armado, más no la persistencia de nuevas formas de violencia, relacionadas con la notoria impunidad e influencia del crimen organizado.

Lo que está en juego es la capacidad del nuevo gobierno para articular los poderes municipales y departamentales con la endeble administración central. Guatemala sigue siendo el país más fragmentado de Centroamérica, que aún no logra integrar su gran diversidad regional, social y cultural dentro de una dinámica nacional. Ahí está el verdadero reto del futuro presidente, y su limitación más real, por no hablar de las muchas y más diversas deudas, contraídas por todos los candidatos a lo largo de una monótona y deficiente, pero costosa campaña electoral. En efecto, no deja de asombrar el derroche desproporcionado de recursos relacionados con el proceso electoral, en uno

¹² Precisamente porque la UNE cuenta con la primera bancada legislativa, ésta también es la más susceptible de fraccionarse. Desde los primeros meses de su gobierno, afloraron públicamente sus tensiones internas, que pueden cristalizarse en torno al control del partido y a la disputa por la próxima candidatura presidencial (contrariamente a sus diputados y alcaldes, el presidente Colom no tiene la facultad constitucional de presentarse para una reelección).

de los países más pobres de toda Latinoamérica. Sin incluir sus prolongadas y muy precoces pre-campañas, tanto Colom como Pérez Molina fueron señalados de haber gastado más de 13 millones de USD durante el periodo oficial, rebasando ampliamente los topes legales.

Ello contrasta de una manera insólita con el desinterés de la población por el proceso electoral. Probablemente, lo más sorprendente de la segunda vuelta no fue la rapidez con la que se conocieron sus resultados, en más de un sentido inesperados, sino la tranquilidad y la calma que imperaron durante toda la jornada electoral. Fuera del centro de cómputo —instalado en un lujoso y aislado hotel— y de las sedes de la UNE y del PP, las calles abandonadas y solitarias de la capital no hacían pensar en una fiesta cívica, sino más bien en la resaca del recién celebrado día de los muertos. Fue una fría noche de invierno, de un silencio inusual, en el país de la eterna primavera.

Recibido: junio, 2008

Revisado: octubre, 2008

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/
Camino al Ajusco 20/Pedregal de Sta. Teresa/C. P. 10740 México D. F./correo
electrónico: wsonnleitner@colmex.mx

Bibliografía

- Arnson, Cynthia J. (ed.) (1999), *Comparative Peace Processes in Latin America*, Stanford, Stanford University Press/Woodrow Wilson Center Press.
- ASIES (Asociación de Investigación y Estudios Sociales) (2007), *Guatemala: proceso electoral 2007. Información y datos básicos*, Guatemala, Departamento de investigaciones sociopolíticas de ASIES, 28 de agosto.
- (Asociación de Investigación y Estudios Sociales) (2004), *Guatemala: Monografía de los Partidos Políticos 2000-2004*, Guatemala, Departamento de Investigaciones Sociopolíticas, diciembre.
- Azpuru, Dinorah, Juan Pablo Pira y Mitchell A. Seligson (2006), *Cultura política de la democracia en Guatemala: 2006. VII Estudio de cultura democrática de los guatemaltecos*, Nashville (Tennessee), Universidad de Vanderbilt, Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.
- Azpuru, Dinorah, Ligia Blanco, Ricardo Córdova Macías, Nayelly Loya Marín, Carlos G. Ramos y Adrián Zapata (2007), *Construyendo la Democracia en sociedades posconflicto. Un enfoque comparado entre Guatemala y El Salvador*, Guatemala, F&G Editores/IDRC.
- Boneo, Horacio y Edelberto Torres-Rivas (2000), *¿Por qué no votan los guatemaltecos?*, Guatemala, F&G Editores.

- Chase-Dunn, Christopher, Susanne Jonas y Nelson Amaro (eds.) (2001), *Globalization on the ground postbellum Guatemalan democracy and development*, Lanham (Maryland), Rowman & Littlefield Publishers.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2008a), *Guatemala: Principales indicadores económicos, 1999-2007*, Santiago de Chile, CEPAL.
- (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2008b), *Estudio económico de América Latina y el Caribe, 2007-2008*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Dominguez, Jorge y Marc Lindberg (eds.) (1997), *Democratic transitions in Central America*, Gainesville, University Press of Florida.
- Fortín, Javier (2008), “Transfuguismo parlamentario en Guatemala: Algunas causas”, Guatemala, *Cuadernos de información política núm. 15*, FLACSO-Guatemala, 2008.
- Hermet, Guy, Alain Rouquié y Juan Linz (1982), *¿Para qué sirven las elecciones?*, México, Fondo de Cultura Económica.
- IIDEA (International Institute for Democracy and Electoral Assistance) (2002), *Voter Turnout since 1945. A Global Report*, Estocolmo, IIDEA.
- Lehoucq, Fabrice y David L. Wall (2001), “¿La explicación es institucional o sociológica? Tasas de participación electoral en democracias nuevas”, en Edelberto Torres-Rivas et al., *Construyendo la democracia electoral en Guatemala*, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, pp. 105-151.
- Mack, Luis y Willibald Sonnleitner (2006), “El mosaico guatemalteco (1): Tendencias territoriales del voto y pulverización partidista en una sociedad altamente fragmentada”, en Willibald Sonnleitner (dir.), *Explorando los territorios del voto: Hacia un atlas electoral de Centroamérica*, Guatemala, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Instituto de Altos Estudios de América Latina/Banco Interamericano de Desarrollo, pp. 66-73.
- McCleary, Rachel (1999), *Dictating Democracy: Guatemala and the End of Violent Revolution*, Gainesville, University of Florida Press.
- Olascoaga, Daniel (2003), *Democracia en Guatemala: un modelo para armar*, Guatemala, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- OEA (Organización de Estados Americanos) (2007), *Resultados Electorales y Participación. Elección para Presidente de la República, Programa de Asistencia Técnica Electoral de la Organización de los Estados Americanos*, Guatemala, OEA, noviembre.
- Payne, Mark, Daniel Zovatto, Mercedes Mateo Díaz et al. (2006), *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*, 2a. ed., Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo, Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo y Minor Mora Salas (2007), *La persistencia de la miseria en Centroamérica. Una mirada desde la exclusión social*, San José, Fundación Carolina/FLACSO-Costa Rica.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2005), *Diversidad étnico-cultural: La ciudadanía en un estado plural, Informe Nacional de Desarrollo Humano 2005*, Guatemala, PNUD.

- Rull, Mathias (2005), "Rompiendo mitos y barreras: La participación indígena en los procesos electorales de Guatemala", en Willibald Sonnleitner (coord.), *Territorios y fronteras del voto: Una agenda de geografía electoral para Centroamérica*, TRACE, núm. 48, diciembre 2005, CEMCA, IHEAL, BID, pp. 72-89.
- Rull, Mathias y Willibald Sonnleitner (2006), "El mosaico guatemalteco (2): ciudadanos indígenas y procesos electorales", en W. Sonnleitner (bajo la dir. de), *Explorando los territorios del voto: hacia un atlas electoral de Centroamérica*, Guatemala, CEMCA/IHEAL/BID, pp. 74-79.
- Schedler, Andreas (2002), "Elections without Democracy: The Menu of Manipulation", *Journal of Democracy*, vol. 13, núm. 2, pp. 36-50.
- Sicher Moreno, Gonzalo (1999), *Historia de los partidos políticos guatemaltecos. Distintas siglas de (casi) una misma ideología*, 2a. ed., Guatemala, Ed. Nojib'sa.
- Sieder, Rachel (ed.) (1996), *Central America: Fragile Transition*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Sonnleitner, Willibald (2007), "Participación electoral y desarrollo humano: apuntes metodológicos para el análisis territorial y multidimensional del voto en México y Centroamérica", *Estudios Sociológicos*, vol. XXV, núm. 75, pp. 811-833.
- Taracena Arriola, Arturo *et al.* (2004), *Etnicidad, estado y nación en Guatemala, 1944-1985*, Guatemala, Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica.
- TSE (Tribunal Supremo Electoral) (varios años), *Memorias de las elecciones de 1985, 1988, 1990, 1993, 1995, 1999 y 2007*, Guatemala, TSE.
- Weber, Max (1984), *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.

